

HEREDIMONIO CULTURAL

Nº 32 Año IX invierno 2004

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

\$ 1.000

la ciudad

Los antibarrios

Espacio y tiempos públicos

Hay un nuevo Chile allá afuera

El hombre del saco

Esriben: Humberto Giannini, Mario Garcés, Ramón Díaz Eterovic. Entrevista con Carlos Franz. Selecciones de Jorge Teillier y Antonio Skármeta

BISMIHI TAALA en el nombre del Altísimo

Respetado señor Patricio Heim, me comunico con usted a razón del artículo "Detrás del Velo", aparecido en el último número de su revista Patrimonio Cultural. La postura mostrada por su entrevistado delata el claro choque entre culturas que hoy puede verse en nuestro querido Occidente. El "laicismo" y la "libertad de pensamiento" se están convirtiendo en verdadera dictadura en contra de los valores más importantes de la fe y de nuestras religiones. Es increíble ver el completo desconocimiento que hay en el Occidente de nuestra religión islámica y también la generalidad con que toma el musulmán a los cristianos de Occidente. Ambos mundos estamos generalizando los errores del otro como si toda una religión planteara ese error como algo aceptado y normado en su propia religión. Al Islam no se le puede ver como un bloque, ya que existen muchas escuelas de pensamiento que son diametralmente opuestas a otras, así como existen en el cristianismo católicos y evangélicos, en los católicos no puedo confundir a un Opus Dei con un Teólogo de la Liberación pasando por un jesuita y un lefebrista. Todos ellos tienen sus ritos, posturas políticas y vestimentas religiosas diferentes. En mi Islam, no andamos sin bigotes y una larga barba, ya que eso tiene un significado wahabita (postura contraria a la nuestra), que un cientista político francés sea difícil que pueda comprender, ya que sus prejuicios van hacia toda una religión. Su entrevistado ¿sabe lo que piensan los musulmanes cuando ven a un modelo de televisión sin barba ni bigote, depilado totalmente su cuerpo y con gel en su cabello largo? ¿Sabe su entrevistado las razones por las cuales las francesas y europeas en general se casan con un latino o con uno de los más de veinte millones de musulmanes que hay en Europa? Simplemente, porque los intereses del hombre europeo van por el alcohol, la droga, la homosexualidad y los que son medianamente normales se casan teniendo un hijo o ninguno. En los últimos encuentros de Beijing y El Cairo, el Vaticano encontró a sus peores contrincantes en los países pertenecientes a la cultura cristiana-occidental apoyando el aborto y casamiento entre personas del mismo sexo. Su postura y valores sólo fueron semejantes a 55 países musulmanes. Los musulmanes también se equivocan en generalizar a Occidente y no existe otro camino que nos conozcamos y dialoguemos. Ni Bush representa al cristianismo, ni Bin Laden jamás identificará a los musulmanes, no nos pueden seguir caricaturizando y ver en cada uno de los mil cuatrocientos millones de musulmanes en la humanidad a un terrorista o una persona que debería vestir bajo los patrones de un francés de ambiguo comportamiento. Vemos en todo esto la mano insana de quien golpea los derechos de los pueblos oprimidos, robando tierras, destruyendo sus hogares y sacando 24 horas al día sus riquezas en grandes barcos factorías. A pesar de toda esta campaña de anti Islam, nuestra fe es la religión que más crece en el mundo y se urge un claro entendimiento y respeto mutuo entre personas que tanto tenemos en común y que queremos vivir en paz y justicia. Le sugiero Sr. Heim que vea nuestra web www.islamchile.com y se la haga llegar a su entrevistado en donde podrá ver en detalle aspectos de la vestimenta de la mujer musulmana y sus derechos.

Atentamente,

Fuad Musa
 Presidente Centro de Cultura Islámica
 Las Condes
www.islamchile.com
 WASALAM (La Paz)

De nuestra consideración:

Junto con saludar, me permito felicitar la excelente gestión que ustedes han realizado en el área de difusión y promoción Artístico-Cultural, a favor del patrimonio y diversidad de nuestro país. Nos dirigimos a usted para compartir la valiosa colección del Museo La Merced, principal institución de Arte Virreinal, precolombino, polinésico y Rapanui que dan cuenta de la trayectoria de la Orden Mercedaria en Latinoamérica. Nuestra intención es establecer lazos cercanos con ustedes, para generar una cooperación mutua en materias de difusión cultural, específicamente en sus revistas, donde podamos mencionar las temáticas del Museo La Merced y actividades que estamos realizando y pretendemos hacer en el futuro. Atentos a responder sus inquietudes me despido atentamente de usted, deseándole mucho éxito en toda su gestión.

Carlos Tomás Contreras Correa
 Depto. Difusión Cultural 664 91 89
 Museo La Merced
 Mac - Iver 341, Santiago de Chile

Patrimonio Cultural
Nº 32 (Año IX)
Invierno de 2004

Revista estacional de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam), Ministerio de Educación de Chile

Directora y representante legal

Clara Budnik

Consejo editorial

Pedro Güell, Ricardo Abuaud, Humberto Giannini, Marta Cruz-Coke, Jorge Montealegre, Pedro Pablo Zegers, Georges Couffignal, Angel Cabezas, José Bengoa, Pedro Milos, Marta Lagos.

Comité editor

Gloria Elgueta, Carolina Maillard, Patricio Heim, Paula Palacios, Delia Pizarro, Roxana Seguel.

Editor

Patricio Heim.

Periodista

Michelle Hafemann.

Diseño

Alt 164 [Taty Mella - Marcos Correa]

Corrección de textos

Héctor Zurita

Oficina

Alameda Bernardo O'Higgins 651
 (Biblioteca Nacional, primer piso)
 Santiago de Chile

Teléfonos

3605400-3605330

Fono-Fax

3605384

Correo electrónico

patrimonio.cultural@dibam.cl

Impresión

Litografía Valente
 (que actúa sólo como impresora)

Página web

www.patrimoniocultural.cl

Patrimonio Cultural es una revista de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam); institución del Estado de Chile dependiente del Ministerio de Educación.

Esta revista es distribuida a todas las bibliotecas públicas y a centros dependientes y relacionados con la Dibam, así como a instituciones.

Es posible adquirir **Patrimonio Cultural** en quioscos y librerías. También está disponible a suscriptores (a un precio de \$4.000 por cuatro números), quienes la recibirán en sus domicilios.

Los números anteriores que no estén agotados pueden ser comprados en nuestra oficina, ubicada en la Biblioteca Nacional.

Las opiniones vertidas por los colaboradores de la revista no necesariamente representan a esta publicación o a sus editores y son de absoluta responsabilidad de quienes las emiten.

Santiago en 100 palabras



Santiago en 100 palabras, concurso organizado por Metro de Santiago, Revista Plagio y Minera Escondida, invita a escribir cuentos con un máximo de 100 palabras de extensión y una temática relacionada con la vida urbana contemporánea y/o la ciudad de Santiago. Aquí, una selección de algunos de los cuentos ganadores de las últimas versiones del certamen.



FICHA TÉCNICA

Proyecto Quintral, obra de Rodrigo Piracés, es una intervención artística en el espacio público (eje Ismael Valdés Vergara - Miraflores - Avda. Cardenal José María Caro).

Las antiguas líneas que guiaban el recorrido de los troles se transforman en el soporte de la obra. En ellas fueron fijadas 300 aspas de plumavit que giran con el viento.

Colgado de los cables

La extinción de los troles en la capital trajo consigo el desmantelamiento de los cables energizados sobre los cuales se colocaban los “suspensores”, nombre con que el habla popular bautizó los dos tirantes fijados al trole que se conectaban con aquellos cables. No obstante, por desidia, descuido, despreocupación o, para no ser tan ácidos, por economía, quedaron hasta hoy algunos cables que ya no conducen energía y no prestan ninguna utilidad.

Pues bien, el joven artista Rodrigo Piracés se apropia de estos cables aéreos y recupera su visibilidad al incorporar a ellos un insólito mecanismo de aspas circulares conectados a ambos cables, elaborado con poliestireno de alta densidad.

Estas aspas, en número de trescientas, giran por efecto del viento y en su movilidad rompen la rutina visual del transeúnte urbano, y gracias a este fenómeno cinético se recupera la visibilidad perdida de los cables.

Se trata de un mecanismo irruptor que desacomoda la mirada y descoloca el comportamiento “normal” del peatón, actuando paródicamente como un descontaminador no sólo visual, sino que también atmosférico. ¡Cuántos de nosotros no hemos pensado en un ventilador gigante que limpie definitivamente nuestra capital de elementos contaminantes!

Fuerza eólica como contraste a la energía eléctrica de la racionalidad científico-técnica.

Esta intervención de Piracés permite que se hagan visibles marcas casi arqueológicas de la red de circulación urbana, que podemos comparar con los antiguos rieles del extinguido tranvía que, a veces emergen, cuando la picota demoledora de los servicios eléctricos o del agua potable rompen una calle y se encuentran con estos restos metálicos, sepultados por reiteradas pavimentaciones.

Intervención que se puede asociar a aquella de la artista Loti Rosenfeld, cuando trazó líneas horizontales sobre las verticales de circulación automotriz en la avenida Kennedy, rompiendo el “orden” normal de la domesticación rutinaria. Si esa intervención se hizo en el suelo, nuestro artista la hace ahora en el cielo. P



Espacio y Tiempo Públicos

“El hombre se extravía porque no sabe unir el principio con el fin”
Alcmeón de Crotona

Un cambio profundo está ocurriendo en la vida política y en nosotros mismos, seres políticos por condición natural, según Aristóteles ⁽¹⁾. Y aún no salimos del desconcierto. Por una parte, celebramos la suerte de anulación del espacio y del tiempo que nos separaban de la humanidad viviente. Hoy, los media nos permiten “ver” un partido de fútbol que ahora mismo se está desarrollando en Portugal, y esos jugadores, y ese estadio, representan para nosotros una realidad más próxima que las de nuestro Estadio Nacional, cada vez menos concurrido. Debilitamiento del presente –de una presencia– en aras de la imagen y de lo virtual.

■ por Humberto Giannini

Por otra parte, cunde la alarma y se empiezan a contabilizar los síntomas del creciente desafecho del ciudadano por la cosa pública; y empiezan a circular con profusión proyectos para “crear” espacios públicos, “lugares de encuentro” en ciudades que, como la nuestra, se han vuelto aceleradamente semilleros de soledad.

Pero no basta elegir un buen terreno y separar dineros estatales para hacerlo. De este modo no estaremos pensando a fondo nuestra situación. En otros tiempos no existían problemas de espacio y, sin embargo, sería ingenuo creer que por eso lo público ya estaba allí, manifiesto en toda su realidad. No lo estaba: en el mercado o el foro, por ejemplo, el esclavo no iba a comprar para sí ni tenía la oportunidad de dialogar con Sócrates acerca del ser de la virtud. Parece más ajustado imaginarlo cargando sobre sus espaldas las compras del amo; imaginarlo en su condición de discriminado. Algo parecido, respecto de la mujer: ausente y discriminada. Si el espacio público supone, como creemos, la *igualación ontológica* de los que lo atraviesan y frecuentan, entonces, el espacio público de los griegos o de los romanos fue un espacio público severamente restringido.

No nos estamos refiriendo, pues, a un espacio que simplemente se habilite para el público. Lo público se va gestando, engastando en la historia; incluso, va eligiendo silenciosamente sus propios centros preferenciales de exposición. En este sentido se puede destruir, pero no crearlo de la noche a la mañana.

Y lo que ocurre hoy es justamente una destrucción sistemática de lo público. Heidegger diría: una desmundanización de nuestro mundo. Esto es lo que desconcierta y alarma.

En una sociedad en la que se ha impuesto la ideología del mercado, “público” resulta ser la cantidad que llena los espectáculos, y cuya virtud ciudadana se consume en el hecho de consumir.

Es aquí donde hay que tener cuidado: el público, la audiencia, no se identifica en absoluto con lo público, así como tampoco cabe confundir la opinión pública (la *doxa*) con la experiencia común (*coiné*), a la cual incluso a veces tendría que contraponerse. En todo caso, lo público tiene más bien un modo de ser temporal y es la razón de ser no de la publicidad sino de lo político, de “la polis”.

La comunicación

En esencia, lo público no es espacial, pero abre espacios. Para decirlo sintéticamente con una imagen: un tablero de ajedrez vacío, para un jugador es un espacio abstracto, no pertenece todavía al espacio real del juego. Pero si colocamos algunas piezas en él inmediatamente surge la tensión y el conflicto “espacial”, justamente en virtud del significado que allí asume cada pieza.

Algo semejante ocurre entre estos cuerpos significantes (2) de pies a cabeza como somos los seres humanos. Esto quiere decir que apenas aparecen dos o más “piezas significantes” en el espacio general se abre el espacio de las posibilidades humanas, cargado de las tensiones propias de lo público.

¿Cómo cabría definir este espacio, ahora en función de sus agentes animadores? Por lo que allí acontece. Y lo que allí acontece como evento propiamente humano es la acción comunicativa, con todos los eventuales quiebres y ocultamientos que ésta pueda tener (3).

La acción comunicativa es el modo

más originario (el primer acto propiamente humano)

el más radical (el que define a la sociedad humana)

el más próximo (el que establece la mayor cercanía que cabe esperar entre los seres humanos).

Estos tres caracteres los queremos presentar como **postulados** para todo lo que se refiere a la vida inter subjetiva y al espacio público.

Sin embargo, la capacidad comunicativa de los cuerpos significantes sólo en las convergencias, en los acuerdos y en los malentendidos y en los choques propios de la comunicación cotidiana, se vuelve experiencia común, que es como el alma de lo público.

La experiencia común

Hoy, los paladines del individualismo, podrán seguir repitiendo que cualquier experiencia es irremediamente única, individual. Por lo que hablar de experiencia común sería un sinsentido. Creo que vale la pena detenerse aquí.

Se puede responder en primer término que una experiencia no formulada a través de una acción es un hecho inverificable, del que no cabe hablar. Y desde el momento en que se la formula y que alguien la propone a otro sujeto (o a sí mismo) deviene ya experiencia común: saber que surge de significados y referencias comunes.

Hay, además, otra cosa que por evidente, olvidamos y que ahora nos importa destacar (4): y es que cada uno de nosotros llega a ser lo que es en virtud de un encuentro fortuito de dos individuos –un hombre y una mujer– y este encuentro, proveniente de otros y de otros, tan contingentes y gratuitos como aquél... Y que de toda esta suma de anécdotas biográficas, sociales y biológicas viene a resultar hoy la vida de un individuo determinado y tan racional como Ud. o como yo. Es decir: un ser que carga sobre sus hombros el misterioso pasado de la especie y que, sin embargo, debe dolorosamente empezar todo de nuevo, desde el principio.

En esta situación de recién llegados, nuestro conocimiento no empieza por informaciones directamente venidas del mundo mismo (las famosas sensaciones simples del positivismo). Nuestra incipiente subjetividad sólo puede acontecer si “es despertada” por la acción comunicativa de los otros.

Recordando a Platón: “Así como es en la pupila ajena que la pupila se descubre a sí misma”, así el primer asomo de la conciencia, la primera sonrisa, aparece con la acogida de los otros, cuando el mundo aún

Lo público se va gestando, engastando en la historia; incluso, va eligiendo silenciosamente sus propios centros preferenciales de exposición. En este sentido se puede destruir, pero no crearlo de la noche a la mañana.

permanece en tinieblas (5).

“Mundo” es lo que empieza a configurarse a través de la lengua materna, esencialmente afectiva y gestual.

La comunicación de sujeto “experto” a sujeto naciente es, como adelantábamos, el **modo originario** de ser introducido humanamente en el mundo. Y continuará siendo el modo más **radical** de ser con otro: el único modo de **aproximación** y de ser auténticamente con él (6).

La re-flexión

El *élan* unitivo del Uni-verso se expresa tempranamente en la historia humana como impulso a lo distinto de sí; negativamente: como prohibición del encierro, como prohibición a la exogamia, a la exofilia, y de la pequeña identidad domiciliaria.

En otros escritos hemos hecho hincapié en este término: el de re-flexión (7).

Si la vida humana –decíamos– se lanzara hacia delante en un progresar rectilíneo, indeterminado (in-finito), a poco andar perdería el contacto consigo misma; al cambiar continuamente de escenario, y no saber ya “el nombre propio de las cosas” que la circundan, terminaría por olvidar su propio nombre y, entonces, ya no sabría qué es.

El movimiento de la vida humana –pero, también, de cada género de cosa, diría (pero no me atrevo)– no es rectilíneo sino circular, re-flexivo (8).

El ser humano, en particular, no sólo se mueve a través del espacio, no sólo “pasa” a través de él como una nube por el cielo, **sino que lo habita**. El habitar consiste, como habíamos visto, en frecuentar “lo otro”, lo externo, para volver a sí cada día con cierta novedad de ser.

“Lo externo” no sólo representa la apertura física hacia mis propios proyectos en el mundo, cultivados, en el domicilio sino más intensamente

aún: es apertura de mi propio ser, en cuanto queda liberado de las jerarquías laborales y de los pergaminos familiares, liberado a lo que me ofrezca el camino con todo lo que se muestra y se oculta en él (Igualación ontológica, decíamos).

El espacio público, como ámbito de la contingencia **propriadamente** humana, puede describirse así: *como el ámbito de convergencia y de riesgos en el que cada cual está permanentemente expuesto a los efectos inmediatos de la iniciativa ajena*. Expuesto a la inextirpable y peligrosa proximidad del prójimo.

Y es en virtud de esta re-flexión espacial que el mero pasar de la contingencia externa se vuelve pasado poseído. Y en esto consiste la re-flexión espacial por la cual lo público penetra en lo privado y en algún momento de cada historia individual, lo constituye.

El ser humano no sólo se mueve a través del espacio, no sólo pasa a través de él como una nube por el cielo, sino que lo habita. El habitar consiste en frecuentar lo otro, lo externo, para volver a sí cada día con cierta novedad de ser.

Se puede afirmar así que lo más narrable de cada biografía son aquellos hechos que pertenecen a la contingencia del espacio público.

Re-flexión y tiempo públicos

No pertenecemos a una sociedad sólo los que estamos y podemos ser censados en ella. Una sociedad histórica es mucho más que un recuento de lo que hay. En todo caso, es una realidad difícil de delimitar sin caer en la terquedad tradicionalista o en el alegre actualismo tan común en nuestros días (sólo vale lo actual). Porque, un amarre “al principio” (para seguir el pensamiento de Alcmeón de Crotona) que no sea esencialmente re-flexivo y crítico termina en la peligrosa asfixia espiritual de la pequeña identidad domiciliaria. Pero, puede ocurrir también que por caminar sólo tras lo actual, una sociedad pierda “su alma” en el camino; pierda esa experiencia común, que es el alma de una identidad no simplemente declamatoria.

Ahora bien, la re-flexión temporal es la conciencia que de sí misma posee una sociedad; conciencia que se expresa con fuerza irregular y asistemática en la literatura, en las artes y el folclore y de modo informal y contingente en el control, en el comentario y la crítica cotidianas que pueden ejercer el segundo y “el cuarto Poder”.

Pero nosotros nos referimos a una re-flexión sistemática y formalizada, a través de un tiempo marcado por el paso generacional.

Describíamos la re-flexión como el regreso a sí desde lo otro: de la calle

al domicilio, de lo público a lo privado, de la atención al objeto a la atención al sujeto que conoce.

El regreso que ahora nos ocupa ocurre esencialmente a través del tiempo. Y se realiza ante un sí mismo – la misma sociedad histórica– que, como en toda re-flexión es ya distinto de cómo fuera al partir.

Nos referimos a la re-flexión (a la flexión generacional) que ocurre en el ámbito de la Escuela, del Liceo, de la Universidad.

Si se trata verdaderamente de una re-flexión, entonces, no se limita a ser simplemente un traspaso de mundo y de valores, como una imposición arbitraria que ejerce el viejo “sí mismo domiciliario” sobre el que llega ahora a integrarse a la vida común. Y no podría serlo simplemente por el hecho de que no se llega al mundo como una *tabula rasa*; cada generación trae sumergida

una sensibilidad, unos gustos y unas capacidades (la técnica, por ejemplo) de la que siempre habrá que aprender. De tal manera que, re-flexivamente, enseñar en una medida no desdeñable es aprender.

El fin de la Escuela es mostrar el mundo, tal como una generación lo ha comprendido, tal como lo ha añorado, y tal vez, como lo ha amado.

Su función es proponerlo, no imponerlo.

La Escuela, el Liceo, la Universidad, son “los espacios” re-flexivos (9) más poderosos de la vida ciudadana. Sin ellos o, desvirtuada su función, una sociedad corre el riesgo de perder, de una generación a otra, su cohesión y su mismidad.

Entonces es cuando lo público no podrá construirse en ningún espacio. **P**

- 1) La condición natural del ser humano: su pertenencia a la ‘polis’, a la ciudad
- 2). En el sentido en que algo físico-corporal ‘deja ver’ algo no físico, un significado.
- 3) Quiebres y ocultamientos de la comunicación la implican. (Por ej. la mentira implica la comunicación)
- 4) Ciorán dice que no ‘huimos’ tanto de la muerte como del nacimiento
- 5) Al mundo nos conducen los otros, sobre todo a través del primer lenguaje afectivo.
- 6) Hemos escrito como ‘postulado’ que lo más originario, radical y próximo de la vida asociada es la acción comunicativa.
- 7) Humberto Giannini, ‘La re-flexión cotidiana’ 7ª edición, Ed. Universitaria, 2000; ‘La experiencia moral, Ed. Universitaria, 1989.
- 8) En la visión aristotélica, eran reflexivos: el pensamiento divino, el movimiento de los astros, la vuelta de las estaciones, el ser de las especies animales y vegetales, etc.
- 9) Schola (lat.), del griego: espacio del ocio, de la reflexión.

Santiago en 100 palabras



BUITRE

(Segundo Lugar, 2003)

Tenía la cartola completa frente a mí, sólo faltaba poner Graneros o Santiago. Pensé un momento, Graneros estaba más cerca y era tranquilo; Santiago en cambio significaba levantarse muy temprano y poca seguridad. Pensé en todos los pros y contras. Por último, pensé en mi familia. Estando cerca podría ayudar en la casa, a mi mamá y mi hermano, además ahorraría dinero. Sin embargo, Santiago era oportunidades, movidas, plata... Cogí el lápiz y escribí Santiago, ya que esta ciudad es como la miel a las abejas, como la sangre a los buitres, pájaro que es muy parecido a mí.

Waldo Adasme, 18 años, Codegua

GRANOS & HOJAS

SABORES ESENCIALES

Bienvenidos a disfrutar y adquirir nuestra amplia variedad de tés: tradicionales, verdes, rojos y exóticas mezclas. También los amantes del café encontrarán granos de excelencia de Colombia, Brasil, Costa Rica y las mejores regiones cafeteras de África.

Los esperamos en: Ricardo Lyon 146, Loc. 7, Providencia. Teléfono: 334 3365
www.granosyhojas.cl

Rui Faquini y la epopeya de Brasilia

■ por Michelle Hafemann

"Es un trabajo pictórico ligero, para ser leído con rapidez", explica Rui Faquini, al tiempo que fuma un pitillo y bebe un café express en el lobby del Hotel Sheraton de Santiago. El fotógrafo más reconocido de Brasilia y pionero de la ciudad explica de esta forma la mirada que imprimió en las imágenes que integran la exposición "La Epopeya de Brasilia", la que –tras permanecer hasta fines de agosto en hotel capitalino– se exhibe en la Biblioteca Nacional y la Universidad Diego Portales, para después seguir su periplo por Latinoamérica. Su contribución a esta muestra tuvo por objetivo complementar la colección de fotografías que el sueco Ake Borglund hiciera en 1957, cuando recién se habían iniciado las obras de levantamiento de la ciudad, que constituyen uno de los pocos registros visuales de la titánica gesta que significó la construcción de la capital más moderna del mundo en tan sólo cuatro años y medio.

"No es un documento o un trabajo antropológico, sino una pincelada acerca de lo que se construyó. Los creadores de Brasilia tuvieron mucho cuidado en el diseño, en las soluciones plásticas monumentales, porque primero estaba lo monumental y después lo funcional. Y eso porque querían impresionar con un diseño moderno, lleno de curvas, siempre buscando el cielo, ocupando los espacios", sostiene Faquini. Y concluye: "Así es que el hombre, el ser humano en Brasilia no tiene mucho que hacer; se queda chico al lado de los monumentos, de las estructuras. El Plano Piloto de la ciudad no fue hecho para vivir, sino para observar. Y yo soy un fascinado de la monumentalidad de Brasilia".

¿Tiene algún significado especial esta exposición sobre otras que ha hecho de Brasilia?

Para mí sí, porque yo viví la época del levantamiento de Brasilia y estas fotos retratan muy bien los primeros inicios de la construcción. Ahí están los íconos de la lucha del hombre contra la Sabana, contra lo desconocido, contra la nada. Y como se tiene una comparación con lo que existe ahora, entonces me parece que entrega una visión del proceso.

Llama la atención en sus fotos la amplitud y limpieza del cielo.

Eso es particular, porque yo soy un fotógrafo de la luz y Brasilia es conocida como la "ciudad cielo". El autor del proyecto (Lúcio Costa) había dicho que el cielo era el mar de Brasilia. Entonces, para nosotros, el cielo es lo más importante, porque está siempre presente, no tenemos –como en Chile– algo a mirar en el horizonte; solamente el cielo. Y la luz ahí es muy importante. Y yo, personalmente,

De paso por Chile, en el marco de la inauguración de la muestra de imágenes sobre la capital de Brasil, en la cual expone 15 de sus trabajos, el fotógrafo más reconocido de Brasilia conversó con Patrimonio Cultural respecto de lo que significó la construcción de esta ciudad y de cómo su levantamiento invirtió la mirada de los brasileños, apartándola de Europa y centrándola en su propio país.

como fotógrafo, pongo principal atención en la luz del objeto.

También salta a la vista en las fotografías la constante presencia del agua, ya sea en lagunas artificiales como en caídas y fuentes. ¿Era esta una forma de desafiar a la Sabana?

Sí, el agua en Brasil es algo precioso. Entonces, la abundancia de agua que se muestra en los palacios y en los edificios es una jactancia de los constructores acerca de cómo se domina la naturaleza, de cómo se resuelven los problemas. Todo eso es artificial, pero es muy bonito. Las personas se impresionan; incluso yo.

¿Se reconoce como un enamorado de Brasilia?

La idea, como un todo, es muy interesante. Cambió completamente la mentalidad de los brasileños acerca del país, porque a los brasileños sólo les interesaba el litoral, a causa de que la colonización se inició en la costa, mientras que la explotación, la trata de esclavos, se daba en el interior. Entonces, hasta la construcción de Brasilia, ser del interior era algo malo. Pero la instalación de la capital en el interior trajo un mensaje muy importante a la psiquis brasileña porque invirtió la mirada, aunque no instantáneamente, pero iba en el sentido de no ser más ciudadano de segunda clase por pertenecer al interior. El litoral brasileño miraba hacia Europa y le daba la espalda al interior. La capital invirtió eso. **P**

Los Anti-Barrios

¿Se están transformando nuestras ciudades en guetos? ¿Es posible revertir la tendencia a la fragmentación de la vida urbana? ¿Puede considerarse espacio público la atmósfera climatizada de los malls? La respuesta parece estar, una vez más, en nuestra disposición a encontrarnos con el “otro”.

■ por Igor Rosenmann

Por una lógica inherente al sistema de mercado del suelo urbano, indefectiblemente se ha generado una estratificación en el espacio según la clase social. Con esto se define un orden, el sistema social y cultural en el transcurso de la historia y a través de distintas y diversas formas, define una particular y diferenciada manera de apropiarse del espacio -del privado y del público- por parte del ciudadano, asociada a notorias e injustas diferencias en la calidad de vida urbana. Esto determina que, por ejemplo, en nuestra ciudad capital existan varios y distintos “Santiagos”, excluyentes. Es un proceso histórico en “espiral de segregación” y fragmentación, que podríamos resumir de la siguiente manera:

Existe una zona de Santiago mayoritariamente de las clases y grupos sociales altos localizados, en general, en sectores periféricos altos (Oriente) de la ciudad. Estas zonas se han gestado con condiciones de habitabilidad de alta calidad y consolidación urbana. Obviamente, existe mucho interés de gestiones inmobiliarias, con edificaciones de buena calidad y sofisticación, logrando alta rentabilidad y por tanto con un gran volumen de sobreganancias localizadas formando un círculo vicioso de riqueza urbana.

Existe otro Santiago, que se ha gestado con arduas luchas político-sociales por el suelo urbano y con la consecuente reacción del Estado edificando viviendas baratas de mínimo estándar, agrupadas extensamente en vastas zonas periféricas de bajo valor urbano, localizadas en su gran mayoría al sur, poniente y norponiente de la ciudad. Esto implica altos costos estatales en infraestructura básica, con un equipamiento muy tardío y muchas veces inexistente. El ambiente de estas poblaciones es en general inhóspito y de escasa vegetación, produciéndose una espiral contraria a la anterior, de pobreza urbana.

Durante el régimen militar esta situación se agravó debido a que la ultra-liberalización de los mercados del suelo, eliminando todas las restricciones que impidieran el crecimiento “natural” de las áreas urbanas, siguiendo exclusivamente las tendencias del mercado y extendiendo los límites de la ciudad a los puntos del espacio donde la competencia entre la demanda por el uso rural o el uso urbano lo determinasen, no produjo una baja en los precios de la tierra como se esperaba, con el objeto de hacerla accesible, a través del propio mercado, a los sectores más pobres. Por el contrario, el surgimiento de un fuerte sector inmobiliario (que sí estaba proyectado), que centró su oportunidad de ganancia en la producción de “exclusividad social” y las expectativas de mejor rentabilidad por parte de los dueños de la tierra, provocaron el alza generalizada de los precios de la misma, a través de la llamada demanda especulativa del suelo.

Además, en esa misma época, se implementó una política urbana de erradicación de campamentos y poblaciones populares, que simultáneamente con los

objetivos de desmovilización política, logró “limpiar” de pobres a las comunas de los sectores altos, aumentando por decreto y con violencia la segregación y la exclusión social, logrando de paso, un mayor “orden”, homogeneidad espacial y cultural, dejando grandes terrenos eriazos, “libres” para el negocio y la especulación inmobiliaria.

Es así como el fuerte crecimiento residencial inmobiliario de estos últimos años se ha concentrado en la periferia y solo en unas pocas comunas del Gran Santiago, con una distribución de los tamaños promedio de las viviendas tal, que la ciudad se está consolidando, en este nuevo siglo, con una forma netamente diferenciada, periférica y claramente estratificada en zonas extremas: zonas de ricos y zonas de pobres, dejando en el abandono vastas zonas intermedias del casco antiguo, muchas de ellas, patrimoniales.

Casi la mitad de todos los metros cuadrados de construcción de viviendas aprobados en los distintos municipios, se encuentra concentrado en cuatro comunas: Las Condes, nivel socioeconómico alto. (Tamaño promedio 160 m²); Santiago, nivel medio (Tamaño promedio 76,5 m²); Maipú, nivel medio y bajo (Tamaño promedio 50,6 m²) y Puente Alto, nivel bajo mayoritariamente (Tamaño promedio 49,7 m²). El 90% de los metros cuadrados aprobados están localizados en la periferia. Es decir que en más de la mitad de las comunas del Gran Santiago prácticamente no se ha construido nada y el tamaño promedio de lo construido se concentra en superficies superiores a 200 m² en comunas ricas como Lo Barnechea y Vitacura y promedios de 40 m² en comunas pobres de la periferia sur como La Pintana y La Granja.

La hipótesis de la guetización

Ahora bien, lo que está ocurriendo hoy en la conformación de la ciudad, sumado a la segregación histórica anteriormente descrita es una distribución urbano-inmobiliaria heterogénea de micro-segregaciones sociales: **Los antibarrios**, la segregación adquiere un nuevo rostro oculto y engañoso.

Coadyuvada por una fuerte paranoia urbana de inseguridad social, este proceso se está produciendo mayoritariamente a través de la conformación en la periferia de la ciudad de espacios parapetados, fuertemente divididos y fragmentados, tipo “guetos”. En diversas comunas de la Región Metropolitana y no tan sólo en las tradicionales e históricas comunas de la clase alta, se están produciendo grandes loteos privados tipo condominio urbano destinados a sectores tanto de clase alta como de sectores medios y medios altos. Estas conformaciones adoptan una particular forma amurallada y vigilada, con accesos únicos y muy controlados que logran un ambiente interno de homogeneidad y orden, en general muy reglamentado, sin comercio de barrio ni actividades urbanas “no deseadas”. En los sectores de clase baja y media se intenta lo mismo: los pasajes y calles de las “villas” o “poblaciones” se cierran con rejas logrando el mismo efecto realizado sin embargo de una forma más transparente y un tanto más “accesible”.

Con estos espacios “comunitarios” amurallados o enrejados e hiper-vigilados y con una arquitectura defensiva, se reproduce y fomenta la inseguridad ciudadana. En vez de abrir y transparentar el acontecer, confiando en el autocontrol ciudadano –que es más múltiple e integrador– se confía más en la cámara de televigilancia, en la empresa de seguridad y en los muros y rejas. Estos hechos producen una exacerbación de la paranoia, más resentimiento, más temor y una incomodidad generalizada, pero no logra efectividad a largo plazo ni una real sensación de seguridad urbana. “Lo de afuera”, la ciudad real, las calles públicas se transforman en espacios vacíos, prácticamente sólo de circulación, de flujos, sin vida y sumamente peligrosas, agravando lo que supuestamente se quiere evitar.

La segregación social está adoptando entonces una forma “comunitaria” y distribuida territorialmente, pero profundamente más fragmentadora, desintegradora y velada, en todo el espacio de la Región Metropolitana. Se está destruyendo el dominio de lo público y de lo diverso, lo intrínseco del barrio en la ciudad. El miedo al extraño destruye el barrio que interactúa con la heterogeneidad y la diversidad de la ciudad y se transforma en un “gueto” homogéneo y rígido. Richard Sennett, filósofo y sociólogo norteamericano, plantea que el ciudadano del siglo XX para superar lo desconocido y eliminar la diferencia entre la gente, enfermedad básica del capitalismo, trata de “volver íntima y local la escala de la experiencia humana, o sea que uno transforma el territorio local en algo moralmente sagrado. Es la celebración del gueto”. Es precisamente esto lo que se está exacerbando al máximo en nuestras ciudades.

La nueva forma de consumir asociada al “gueto”

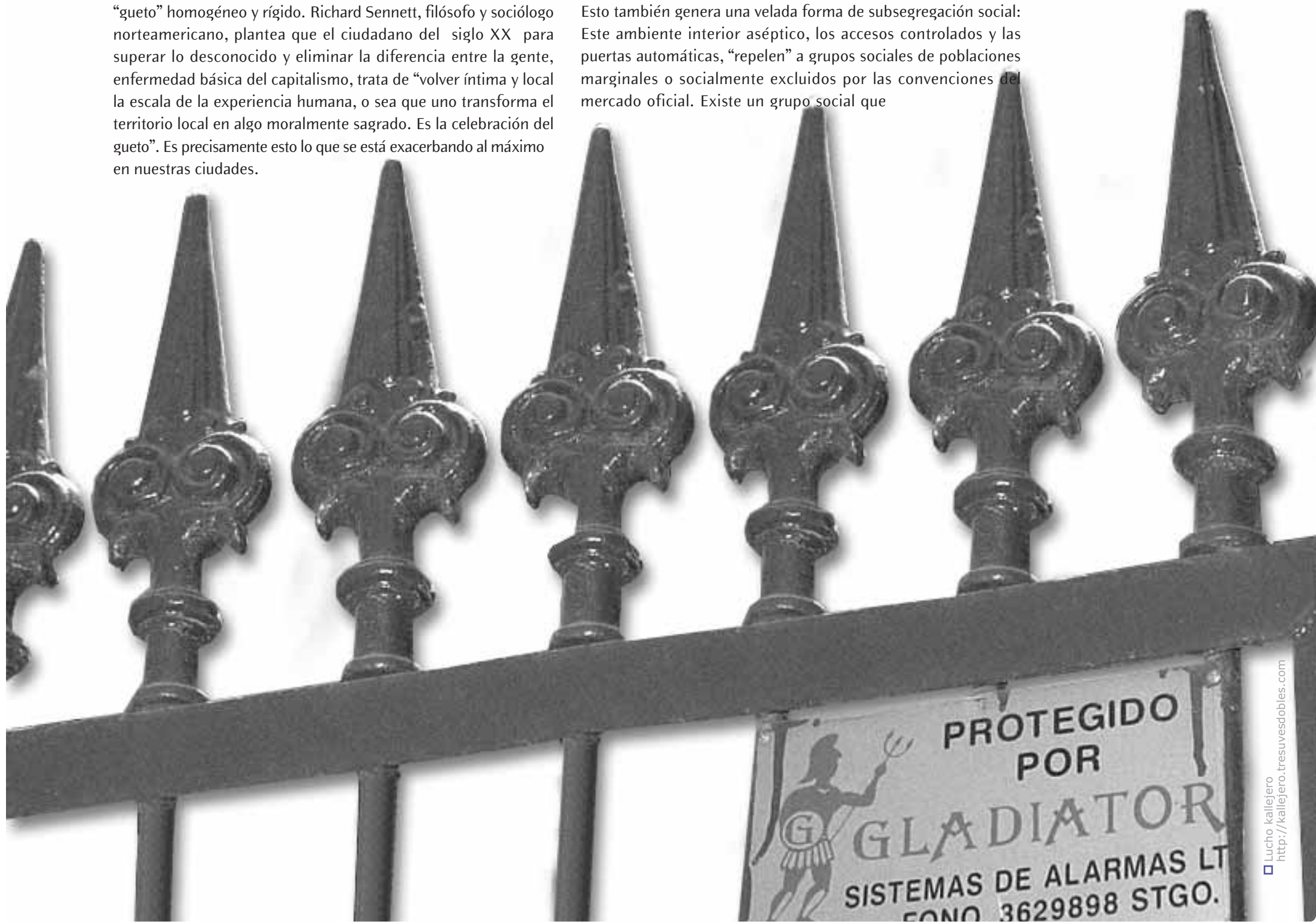
En relación con los cambios en los hábitos de consumo, la tendencia más fuerte es la de los centros comerciales de nivel comunal e inter-comunal (supermercados, centros comerciales y sus respectivas multitiendas), se accede a ellos preferentemente “encerrado” en un vehículo, medio de transporte que todos quieren tener y cada vez existen más posibilidades para las distintas clases sociales para obtenerlo. El sistema lo incentiva y está todo dispuesto y organizado para ello. (La creación de grandes autopistas urbanas sumado a un fuerte desarrollo del mercado automotriz con financiamiento propio y la generación de grandes “supermercados” del auto usado). Con esto se logra que ni siquiera exista una significativa confluencia de personas de diferentes condiciones sociales en los subcentros

“El terreno desconocido sirve a una función positiva en la vida de un ser humano que es la de acostumbrarlo a correr riesgos”. “El amor al gueto niega a la persona la oportunidad de enriquecer sus percepciones, su experiencia, y de aprender la más valiosa de todas las lecciones humanas: la capacidad de cuestionar las condiciones establecidas de su vida”

comerciales. Los sectores de clase alta y media alta siguen abasteciéndose principalmente en los centros comerciales de las comunas del barrio alto aunque vivan en “guetos” insertados en comunas periféricas semi-rurales y tradicionalmente populares, aumentando los viajes en la ciudad de Santiago. Notoriamente existe una categorización territorial de clase en los diferentes mall’s de Santiago. En definitiva, existe una fuerte tendencia a la no interacción social y ciudadana, una tendencia a la desintegración social.

Estos mall’s refuerzan además esta tendencia con su arquitectura cerrada, defensiva, introvertida, tratando de generar un ambiente climatizado, vigilado, idílico, ficticio, que seduzca a la compra con tranquilidad, sin temor a la delincuencia ni a las inclemencias del tiempo. De esta forma, se rechaza lo espontáneo, lo heterogéneo, se aísla de la vida real.

Esto también genera una velada forma de subsegregación social: Este ambiente interior aséptico, los accesos controlados y las puertas automáticas, “repelen” a grupos sociales de poblaciones marginales o socialmente excluidos por las convenciones del mercado oficial. Existe un grupo social que



está impedido de entrar. Es impensable e impresentable encontrarse en el interior o en las afueras de un mall, con artistas callejeros o vendedores ambulantes, con gente pobre, menos con vagabundos o “raperos” haciendo sus tocatas o “punkis” pidiendo monedas... es decir, con la vida urbana real, de barrio.

A modo de conclusión: La celebración del “gueto” y el miedo al espacio público

Lo que a mi juicio está detrás de todo esto y es lo más profundo que es necesario revertir, es un gran temor y rechazo al espacio público, temor a la calle, al barrio abierto, a la ciudad en definitiva. Para Richard Sennett, antes citado, “lo que se pierde precisamente en esta celebración del “gueto” es el hecho de que la gente crece sólo mediante procesos de encuentro con lo desconocido. Las cosas y las personas que son extraños pueden alterar las ideas familiares y las verdades recibidas”. Es decir que “el terreno desconocido sirve a una función positiva en la vida de un ser humano que es la de acostumbrarlo a correr riesgos”. “El amor al “gueto” niega a la persona la oportunidad de enriquecer sus

urbano lleno de “burbujas”, fragmentado, sospechoso y peligroso. Sennett exclama: “la destrucción de una ciudad de guetos es tanto una necesidad política como psicológica”.

Si le entregamos valor real, aunque no sea rentable en un corto o mediano plazo, a la vida pública impersonal, al patrimonio cultural-histórico y social urbano, al patrimonio vital de nuestros barrios, a la vida urbana diversa y heterogénea, generando las convenciones, no comunitarias, no íntimas, impersonales, para actuar en lo público, verdaderamente dejaremos de temer a lo público en lo íntimo de nuestro ser. Dejaremos de temer cuando conformemos nuestro habitar urbano. Dejaremos de temer cuando generamos las grandes gestiones urbanas privadas o estatales. Dejaremos de temer a lo diferente, temer a los sentimientos, a la diversidad de subjetividades urbanas, valores que pueden ser netamente renovadores de la vida personal y social. Vida que acontece en el espacio público, es este espacio el que nos posibilita nuestra identidad cultural y nos enriquece psicológicamente.

El futuro está en las nuevas tecnologías pero también en los nuevos rituales, acciones e interacciones de intereses públicos y usos urbanos. El futuro está en la integración y coordinación de multiplicidad de lógicas, subjetividades, estrategias e intereses personales.

percepciones, su experiencia, y de aprender la más valiosa de todas las lecciones humanas: la capacidad de cuestionar las condiciones establecidas de su vida”. Entonces podríamos afirmar que el espacio y el dominio públicos, el barrio ciudadano, es lo único que nos asegura una vida verdaderamente enriquecedora y plena en una sociedad urbana. Con una visión similar el filósofo chileno Humberto Giannini, reafirma todo esto planteándonos que “el espacio público posibilita que nuestra pobre identidad domiciliar se enriquezca con la opinión del otro, con la visión del otro, con el peligro, con el encuentro con el otro. En lo público, en la calle, me encuentro con quien ansiaba encontrarme y también con quien no”.

Pienso que definitivamente la identidad social y sanidad mental del ser humano urbano sólo podrá darse en la medida en que hay un espacio y dominio público que la mida, en la medida en que hay un espacio público que permita el conflicto, el diálogo, la interacción con el extraño. Si no cambiamos estas concepciones y estas formas de conformar los conjuntos residenciales (no barrios), transformaremos a nuestras ciudades en un gran espacio

Si el poder político y económico, la sociedad civil y las personas no consideramos en forma seria estas cuestiones planteadas aquí, pienso que no existirán reales soluciones a los problemas de la calidad de vida en nuestras ciudades. El futuro está en las nuevas tecnologías pero también en los nuevos rituales, acciones e interacciones de intereses públicos y usos urbanos. El futuro está en la integración y coordinación de multiplicidad de lógicas, subjetividades, estrategias e intereses impersonales.

En este sentido, está en cuestión cómo lograr racionalidad en un desarrollo intraurbano que aproveche el casco existente, favoreciendo la heterogeneidad y simultaneidad del uso del suelo y la conformación de barrios como un lugar con identidad impersonal, común pero con dominio de la vida pública en una complejidad y diversidad que ayude a otorgar mayor seguridad y amabilidad ciudadana. Hoy, están dadas las condiciones para que el Estado pueda enmendar la gran responsabilidad que le ha cabido como un agente de la “guetización” en nuestras ciudades ¿Podrá el Estado apoyar e incentivar tendencias del mercado que estimulen la real integración urbano-social, con políticas reales de control de precios y especulación de la tierra? Tarea, a mi juicio, insoslayable. **P**

Santiago en 100 palabras



BASURERO

(Mención Honrosa, 2003)

En la esquina de Alameda con San Ignacio hay un basurero que siempre está vacío. Desde que estaba en el colegio lo observo al volver a casa cada tarde, y nunca ha habido nada. Quizás existe otro basurero cerca donde las personas dejan papeles de dulces o latas de bebidas. Tal vez todos los caminantes urbanos acordaron, sin saberlo, no botar nada en él. Es raro, pero las grandes ciudades tienen sus rutinas secretas. Yo camino siempre con los ojos bien abiertos, y en Santiago hay un basurero que siempre está vacío.

Gonzalo Andrade, 21 años, La Florida

Editorial “Aún creemos en los sueños” y
Le Monde Diplomatique

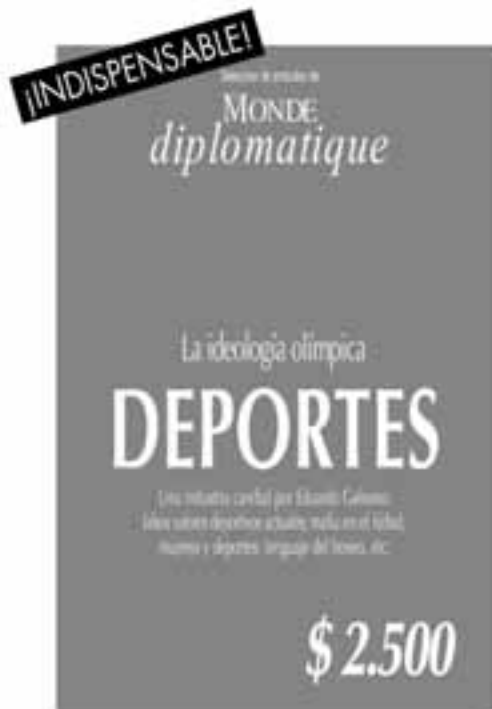
Presentan su último libro

DEPORTES

*Una mirada diferente
al mundo del deporte
y la ideología olímpica.*

*Las mafias del fútbol
y los falsos valores deportivos.*

Escribe: Eduardo Galeano



Suscríbese a
Le Monde Diplomatique

*Ofertas especiales para bibliotecas
en suscripciones y colecciones de libros*

Llame al 664 20 50

Disponible en librerías y quioscos y en
librería de **Le Monde Diplomatique**
San Antonio 434, local 14 (entre Merced y Monjitas)
Teléfono: 664 20 50 - Fax: 638 17 23
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl

Este es mi pueblo

Crónicas publicadas en la revista En Viaje

Revista *En Viaje*, perteneciente a la Empresa de Ferrocarriles del Estado, comenzó a publicarse en noviembre de 1933. En un principio sus páginas estaban dedicadas principalmente a la difusión del turismo, pero en sus años de máximo esplendor llegó a tener doscientas páginas que fueron un verdadero aporte al diseño gráfico, la difusión de la literatura, y la fotografía (su archivo fue famoso por ser la más completa colección chilena de fotografías de escritores, políticos y sindicalistas). Miguel Arteche, Efraín Barquero, Juan Cámeron, Rolando Cárdenas, Polí Délano, Gonzalo Millán, Enrique Lihn, Diego Maquieira, Jorge Teillier y tantos otros destacados nombres de la literatura chilena que colaboraron para la revista.

Ofrecemos aquí algunos fragmentos de la sección “Este es mi pueblo” aparecida entre los años finales de la década del sesenta.

Luego de cuarenta años de fructífera actividad plasmada en 470 números, la revista *En Viaje* dejó de circular en julio de 1973.

Lota

por Neftalí Segundo Vásquez

“Breve estudio histórico sobre el pueblo de Lota, por un hijo de esa tierra”.

En viaje n.º 457, diciembre 1971.

En el sitio que hoy se alza el pueblo de Lota, don Pedro de Valdivia en el año 1552 instaló una pequeña guarnición. Más tarde en el año 1661, el Gobernador don Pedro Pórter Casanate, construyó un fuerte en la colina que hoy está Lota Alto, para apoyar las huestes conquistadoras hacia el interior de Arauco. Un año más tarde se levantó un pequeño pueblo y don Angel de Peredo, Gobernador de Chile, lo convirtió en ciudad dándole el nombre de “Santa María de Guadalupe”, el que más tarde pasó a llamarse Lota. (Que en lengua mapuche nombraban Louta, que quiere decir Recibir de Nuevo).

Con razón se llama “Victoria”

por Diego Muñoz

En viaje n.º 436, febrero 1970.

En esa zona de nuestro país, todas las ciudades y aldeas tienen nombres mapuches: Renaico, Lolenco, Pidima, Collipulli, Curacautín, Lonquimay, Perquenco, Temuco. Sólo hay dos excepciones: Ercilla y Victoria.

Habíamos emprendido una guerra que costó mucho dinero, seguramente, y sólo cuando el triunfo estuvo asegurado se pensó en ese paréntesis de nuestro suelo que todavía llaman La Frontera. Entonces, con el excedente de tropas, se emprendió la Campaña de Pacificación de la Araucanía con cañones, fusiles, aguardiente y vino. La zona se fue “pacificando”, se levantaron fuertes, se trazaron aldeas, se convenció a los mapuches que debían “reducirse” y comenzó a tenderse la línea ferroviaria.

Lautaro: éste es mi pueblo

por Jorge Teillier

En viaje n.º 430, agosto 1969.

Todo pueblo tiene un ritmo, y el ritmo de Lautaro, mi pueblo natal, es el que le dan el río y los trenes. Sí, Lautaro es en verdad un pueblo de ríos, de trenes, de campanas, que hubiese amado Thomas Wolfe, el errante y solitario novelista norteamericano.

En su viaje desde la cordillera, el río Cautín pasa cortando en dos al pueblo, separándolo del barrio Guacolda, lleno de pintorescas cocinerías, cantinas, molinos, almacenes de frutos del país, dominado por una pequeña capilla revestida de zinc, bellamente decorada por los sacerdotes Capuchinos, provenientes de Baviera.

(Cautín en la lengua mapuche quiere decir pato silvestre; Guacolda, choclo rojo; Lautaro, halcón ligero... no es acaso todo esto un poema).

La línea del ferrocarril atraviesa el pueblo, los trenes que remecen las casas de madera van señalando también el paso de las horas. “Ya pasó el de doce”. “Es tarde, hace rato que sentimos el Rápido”. Los trenes, esos constantes relámpagos de acero, están unidos al tiempo y siempre se los está viendo en Lautaro, como una invitación al viejo río, esa ventana abierta al mar.

Lautaro es un pueblo joven, fundado el 18 de febrero de 1882, por la Expedición Recabarren, que tenía que abrirse paso a golpe de hacha entre las selvas vírgenes, desafiando a la vez el postrer empuje de las últimas lanzas araucanas rebeldes, condenadas a ser vencidas por el Winchester. Precisamente, en el cerro Loncoche, en las inmediaciones del pueblo, está enterrado Quilapán, el último gran cacique que intentó unir a su raza contra los “huincas”.

Breve mentira sobre Antofagasta

por Antonio Skármeta

En viaje n.º 433, noviembre 1969.

En fin, parece que a las ciudades les pasa algo que los hombres deseáramos para nosotros: rejuvenecen con el tiempo. Yo no sé cómo Antofagasta abandonó la aldea porque anduve perdiendo el tiempo en otras partes y de sentimental poblador me transformé en veraneante. Lo que implica que cada verano transporto mi palidez sureña para pasearla entre el vigoroso tono cobrizo de los permanentes. A los tres días soy asiduo cliente de las farmacias pesquisando ungüentos que mitiguen las quemaduras. De espectro paso sin vacilación a jaiba ambulante.

Antofagasta de noche

Y perdonando la arrogancia, creo que en vida nocturna. Antofagasta se las come vivas. Si usted entra desde el sur por la carretera, verá escrito en las rocas una invitación a asistir a “El Tatío”. La propaganda lo anuncia como si fuera el acabóse. Y en verdad, no se les pasa el tejo. Con una decoración “California Fiebre del Oro”, intrincados pasillos y segundos pisos, música en guitarra a cargo de los habitués más entonados, es un local para perder la garganta cantando, tirarse por la barra de bombero desde el segundo piso, conquistar de jote a chincol bolivianas, francesas y norteamericanas, dejar los ahorros del año, descifrar los objetos que penden de las murallas. “El Tatío” en San Francisco de California, sería un boliche de lujo. Aquí, en cambio, basta acomodarse a empellones y llegar con “onda”.

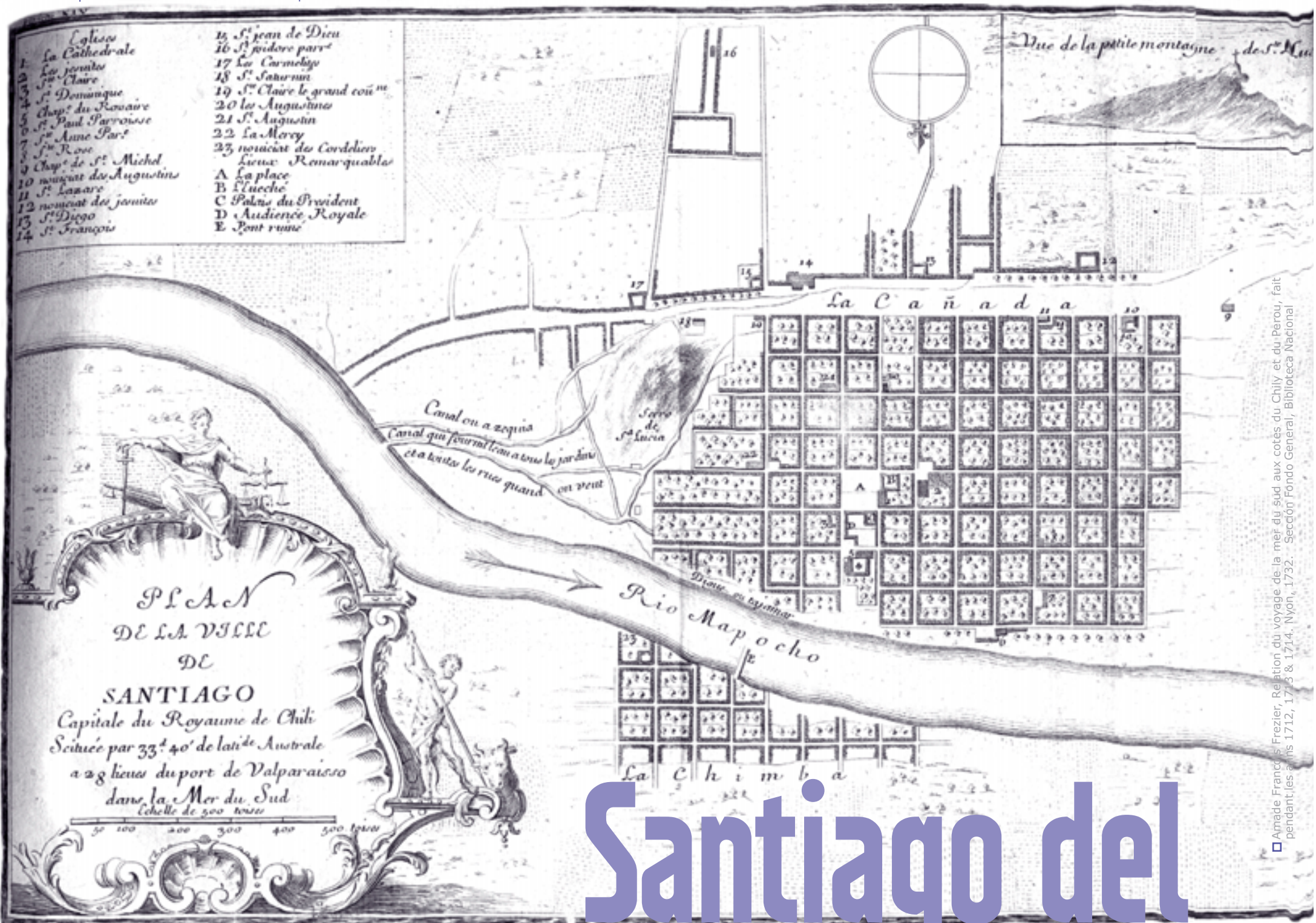
Olmué: un pueblo que no se olvida

por Sonia Quintana

En viaje n.º 433, noviembre 1969

A primera vista Olmué semeja un enorme cuadro recién hecho que está esperando que el tiempo le seque la pintura. Allí las pinceladas parecen hacer hincapié en los tonos verdes, que van desde el más oscuro hasta el verde agua. Pero es una tela con olor a menta, a toronjil, a manzanilla, a cedrón, a boldo, a todas esas hierbas que ahora se aprisionan en incoloras bolsitas, sin personalidad y que allí crecen libremente, sin ninguna vergüenza.

La conformación geológica de este lugar, que cuenta con algunos minerales, ha hecho que las plantas adquieran extraordinarias propiedades medicinales, que ayudan al abastecimiento de la farmacopea del mundo. Chile exporta en total, doce productos de esta índole, nueve de los cuales corresponden a Olmué. **P**



Amadeo Francisco Frezier, Relation du voyage de la mer du sud aux côtes du Chili et du Perou, fait pendant les années 1712, 1713 & 1714. Nyon, 1732. Sección Fondo General, Biblioteca Nacional

Santiago del Bicentenario

Hans Muhr ama Santiago. Y no sólo eso: cree que la capital es hermosa, maravillosa y fantástica, al contrario del 77% de los santiaguinos que –según una encuesta de la Fundación Futuro– se irían si tuvieran la oportunidad.

Entrevista con Hans Muhr

■ por Michelle Hafemann

Desde su escritorio en la Vicerrectoría de Asuntos Económicos y Administrativos de la Universidad Católica, este arquitecto dice que Santiago no es una ciudad poco amigable, sino que sus habitantes no han sabido potenciarla, ponerla en valor, quererla; en resumen, hacerla un buen lugar para vivir.

Así como se ha hecho en Buenos Aires, con Puerto Madero, o en Barcelona, en la ribera del Besòs, Hans Muhr cree que en la urbe más poblada de Chile, en su centro administrativo, comercial y político, se debieran impulsar proyectos que permitieran reencantarse con la ciudad y que aprovecharan los sectores que, normalmente, son los menos valorados. Y la posibilidad está ahí, a la mano. Un ejemplo de esto es el proyecto que busca revitalizar el antiguo trazado del ferrocarril de Santiago, que forma parte del plan de Obras Públicas para el Bicentenario, iniciativa en la cual Muhr tuvo una participación primordial.

El proyecto, explica Muhr, establece una zona de renovación urbana en torno al anillo que formaba la línea del tren y que, durante años, constituyó el límite

natural de la ciudad. El trazado aún prevalece y, en fotografías aéreas, se dibuja claramente. No obstante, en el día a día, pasa desapercibido para la mayor parte de los habitantes.

De acuerdo a su experiencia en el desarrollo del proyecto que ahora forma parte del Plan Bicentenario, ¿existe una sintonía en la forma en que se piensa y planifica el Santiago del 2010?

Lo que pasa es que no es una cosa novedosa; esto no es un invento. Las ciudades medievales, por ejemplo, tenían un muro que las cercaba y ésta, desde su origen hacia la periferia, se iba deteriorando. Estaba el muro y lo más peligroso era lo que estaba a las afueras de él. Cuando las ciudades no caben adentro del muro, se lo saltan y continúan después. Y, nuevamente, lo que está cerca del muro es lo peor. Qué ha pasado con muchas ciudades: desapareciendo el muro, ésta zona se transforma en parques o sectores de equipamiento, de forma que se hace exactamente lo contrario, lo que –del punto de

vista urbano- no puede ser mejor. Es decir, el lugar más deteriorado, el que tiene menos valor, el más peligroso, se transforma en el más valorado, interesante para la ciudad y su crecimiento. Es el sueño de los urbanistas. Y eso no es novedoso. El Bellas Artes está construido sobre lo que era el basural de Santiago. El Parque Forestal era la riada que bordeaba al Mapocho y allí había poblaciones de baja estofa, zonas peligrosas y basurales. Lo que pasa es que cuesta verlo y la gente no se da cuenta de eso.

La idea de potenciar los lugares despreciados de la capital también fue la que inspiró las obras urbanísticas que se desarrollaron por el Centenario y, especialmente, era lo que planteaba Benjamín Vicuña Mackenna para Santiago.

Sí, yo diría que sí, puede ser lo mismo. Lo que pasa es que es como obvio: tú actúas sobre el peor lugar de la ciudad y, de esta forma, lo potencias y lo valoras. Vicuña Mackenna construyó el cerro Santa Lucía, que primero era nada y después los españoles hicieron el Castillo Hidalgo y construyeron estas defensas que nunca utilizaron. Antes de eso, era un lugar peligroso, de delincuentes. Las casas bajo el cerro estaban frente a la Alameda -que era una callecita-, daban la parte trasera hacia el Santa Lucía, un poco lo que pasa hoy en día en el cerro San Cristóbal. Qué hizo Vicuña Mackenna -si uno quiere hablar del Centenario, aun cuando murió 12 años antes, tiene que hablar de Vicuña Mackenna- fue plantear muchas soluciones para dar un orden a Santiago. Él planteó el anillo de cintura, que tenía un predicamento bien discutible hoy en día, que era que había una ciudad ilustrada y una ciudad de arrabales. Y, por lo tanto, él toma medidas para la ciudad ilustrada y medidas para la otra. En la ciudad ilustrada hace parques y en la otra hace casas quintas, pone agua potable y etc. Es decir, no hace proyectos puntuales, sino que le plantea un orden a Santiago. Entonces, eso es lo que -a mi juicio- debe hacerse en el Bicentenario. Para Santiago tiene cara de anillo, para Valparaíso de borde costero, para Antofagasta de borde costero, para Valdivia de recuperación del río, y así. Tú puedes crear un orden para la ciudad, un

Se debieran impulsar proyectos que permitieran reencantarse con la ciudad y que aprovecharan los sectores que, normalmente, son los menos valorados

¿Cuál es la historia de la ciudad que no conocemos y debiéramos conocer?

Hay un primer período en que Santiago es una colonia, una especie de campamento militar. Santiago no tenía vocación de capital, no fue pensada nunca como tal, ni por Pedro de Valdivia ni por nadie que lo sucedió. El creó su capital, y así la entendía, en Nueva Imperial, lo que hoy día es Carahue. En la época de la Independencia, se peleó el ser capital con Concepción. Santiago nunca pensó en ser capital. Entonces, las primeras construcciones son bastante precarias. Nace como una ciudad más bien agrícola, con casitas de quincha y barro, prácticamente no tiene grandes construcciones (quizá las

construcciones más grandes son las iglesias), es una ciudad asolada por terremotos y los indígenas arrasan con ella varias veces. Así surge Santiago, producto de un acontecimiento duro. Durante muchos años, la ciudad no crece, se mantiene en el tamaño original, y cuando crece, crece en arrabales. La Alameda, que ahora es una tremenda avenida, no era calle, era una riada, era el lugar que -para las grandes crecidas- el río tomaba como curso y, por lo tanto, era un gran pedregal y, como era pedregal, era basural. Se ubican en torno al centro de Santiago -gracias a Damero, que tuvo una visión española- las primeras casas de piso y adobe, con techo de paja o, máximo, de greda. Si tú lees a los primeros cronistas, comparada con Cuzco, Santiago era una vergüenza. Hay un terremoto (1745) y no queda nada, se cae todo. Lo único que se salva como construcción importante es la iglesia de San Francisco. Entonces la ciudad se empieza a reconstruir y se reconstruye más baja por temor a los terremotos.

A nosotros nos enseñan una historia de fechas, de eventos. No estudiamos mucho cómo nacen y cómo se viven las ciudades. Y es clave entender los procesos

sentido, y, teniendo eso, empujando eso, entonces ves dónde pones el museo o la torre.

HACER CIUDAD

¿Cuánto tiene que ver, en este ejercicio de hacer ciudad, el conocer la historia de Santiago?

A nosotros nos enseñan una historia de fechas, de eventos. No estudiamos mucho cómo nacen y cómo se viven las ciudades. Y es clave entender los procesos. Si tú no entiendes cómo crece Santiago, como se desarrolla, cómo se consolida, no puedes proyectar lo que pasa para adelante y es probable que cometas muchos más errores. Y eso debiera ser un conocimiento general, debiéramos estudiar la historia de Santiago en esos términos.

Ese período sigue siendo colonial en términos del tipo de construcciones, hasta el 1800, en que empieza una corriente más europeizante. Se abandona la casa colonial

del pilar en la esquina y se migra a la casa de tres patios, con estructuras de madera, que después deriva en lo que pasa en el Barrio Dieciocho y todo el sector poniente, el antiguo Santiago afrancesado pero rasca, porque es de barro, no es de estuco, por los incendios y, más que nada, por los terremotos. Ese Santiago es el que tiene que ver con Vicuña Mackenna, que es el Santiago que todavía reconocemos. La Casa Colorada es el Santiago colonial, como las casas de Lo Matta; todos estos palacetes de la Avenida Dieciocho son del Santiago del centenario; después viene esta otra vorágine, que es la moderna, en que botamos todo lo que quedaba, es el Santiago modernista. Y ahí hay intervenciones horribles, como son las Torres de San Borja y otras cosas más. Y yo diría que hoy día recién estamos entendiendo esa historia y aprendiendo a instalarnos al lado de una casa colonial, a tratar los barrios antiguos, aunque todavía hacemos barbaridades. **P**





La ciudad de la furia Culturas Juveniles Tribales

■ por Raúl Zarzuri

Hoy asistimos a la emergencia de una serie de manifestaciones culturales juveniles. Hordas de tribus de “nuevos bárbaros” arremeten en las ciudades con la espectacularidad de sus estilos, tatuando sus mensajes en los cuerpos y en los muros, marcando territorios en algunos casos intransitables e imposibles de leer para los desconocidos.

En nuestro país, estas manifestaciones tribales hacen su desembarco o explotan a finales de los ochenta y principios de los noventa, lo que no quiere decir que antes no existieran, sino que, se mantuvieron en la periferia o en el underground, sumergidas esperando el momento de emerger. Estas tribus pueden verse como “culturas espectaculares juveniles”, principalmente por lo llamativo de sus indumentarias, lenguajes, música, en el fondo por sus estilos (peinados, accesorios, gustos musicales, maneras de hablar, lugares donde encontrarse, visiones compartidas, entre otras cosas). Así, nos referimos al Hip-hop/graffiti, el punk, los rastas, skindhead, la cultura oscura o negroide (dark, góticos entre otros), skater, barras y otras, cuyos estilos tribales comienzan a ocupar la ciudad y a resignificarla como espacio de la invención, la creación, la expresividad y la sociabilidad, transformándose –entonces– en el nuevo hogar. En la calle y a la intemperie de los diferentes espacios urbanos encuentran lo que en muchos casos las instituciones tradicionales no logran ofrecerles.

“Nosotros igual aprendimos de la calle, aprendimos de ahí, aprendimos cosas de la calle... rapeamos en la calle”. (Laguna)

Habría que señalar, como un intento de interpretación, que estas nuevas manifestaciones tribales constituyen una respuesta al proceso de “desindividualización” consustancial a las sociedades de masas, cuya lógica consiste en fortalecer el rol de cada persona al interior de la agrupación (Michel Maffesoli). Por otra parte, éstas responden más que nada a nuevas socialidades que intentan proteger y enfrentar al mismo tiempo, condiciones estructurales negativas y relaciones sociales destruidas por los embates de la modernidad, donde la familia, la escuela, la participación han perdido su centralidad, y por lo tanto, los únicos refugios que les van quedando a estos jóvenes, es agruparse, resistiendo esta situación. Pero al mismo tiempo van construyendo nuevos tipos de relaciones donde los afectos serían el eje aglutinador en una sociedad avasallada por la racionalidad mercantil y competitiva, a la cual no pueden enfrentarse, debido a condiciones geográficas (vivir en la periferia), educacionales (poco acceso a estudios superiores) entre otras cosas. De esta forma, para algunos jóvenes la tribu es la nueva familia, aquella donde

se construyen las genuinas lealtades, porque la base son las relaciones cara a cara, producto de la contaminación a través del contacto, las miradas, entre otras cosas, que siempre van a remitir a un elemento sensible, que sirve de sustrato al reconocimiento y la experiencia del otro, la cual es la experiencia material de un estar juntos.

“Hemos pasado una y otras mil con éstos, somos como hermanos...Pero en el tiempo cuando uno va creciendo igual va conociendo gente, hay más gente que se va uniendo a tu familia, aunque no sea de tu misma sangre... hay vivido cosas y es como una familia y los conoces tanto como tus hermanos”. (TMC).

Por último, desde los aportes de la Escuela de Estudios Culturales de Birminhan, se puede interpretar a las tribus o mejor dicho el estilo cultural juvenil como una forma simbólica de resistencia. Entonces, estas culturas tribales representan un reto simbólico a un orden también simbólico; representan subversiones momentáneas al orden social, ya que el desorden semántico instaurado por éstas, es recuperado nuevamente por el sistema. Así, el estilo cultural tribal que nace en la calle del barrio, termina en las calles principales como modas vendibles, cuestión que podemos observar por ejemplo en la masificación del estilo hip-hop en las grandes tiendas. Sin embargo, habría que señalar que a pesar de esto, aún hay resistencia, la cual está marcada por los usos que hacen las culturas tribales de sus estilos; en el “arte de hacer”, ya que, por ejemplo, la música puede volverse una mercancía que la industria cultural no controla totalmente en cuanto posibles usos, ni tampoco se puede controlar su significado. Así, lo que es puesto por el mercado es “capturado” nuevamente, resignificándose, dándole otros sentidos, que de alguna forma subvierten el orden.

Los embates de los buscadores de la pureza y la limpieza

Frente a estas arremetidas tribales se alzan voces de defensa contra la “suciedad” que se empieza a instalar en la ciudad, suciedad que no sólo remite en el caso del graffiti por ejemplo, al dejar marcadas las murallas, cualquiera que éstas sean, sino también a lo sucio de ciertos estilos y estéticas que adoptan las manifestaciones juveniles que desentonan con lo que debería ser una ciudad y sus ciudadanos (ordenados y pulcros). Se observa entonces la construcción de un discurso que intenta defender una cierta idea de ciudad y comunidad, que tiene como eje la higiene, la limpieza, el orden; la búsqueda de una comunidad que se idealiza, donde todos somos iguales como ciudadanos. Todo lo que se aparte de esto, es visto como peligroso, instalándose o mejor dicho construyéndose la imagen de los bárbaros, de los extranjeros que no pertenecen a la ciudad, a esa comunidad ideal, por ser distintos, cuestión que nos lleva a la construcción del extraño, etiqueta adjudicada especialmente a los jóvenes y a algunas de sus culturas catalogadas de espectaculares que hemos señalado anteriormente.

Al hablar de extraños nos acercamos al tema de la otredad, a la construcción de la alteridad o alteridades. Esto se constituye en un eje central de atención, si queremos ver la forma en que se construyen los imaginarios sobre determinados jóvenes y sus culturas por parte de “ciertos otros”. Al interrogarnos por éstos, necesariamente nos preguntamos por unos otros a los cuales nosotros les atribuimos cualidades según su lejanía o cercanía. De esta forma, cuando el otro aparece como algo remoto se nos presenta como algo benigno, o cuando ese otro está más a la mano y relacionado, es un otro próximo o predecible. Sin embargo, hay una cierta otredad que despierta inquietud; es aquella que está próxima, pero que sin embargo es incierta, lo que provoca sentimientos de miedo y temor.

La pregunta que surge es ¿cómo es posible la construcción de estos otros o extraños? Si seguimos a un sociólogo como Zigmunt Bauman, la preocupación por los extraños tiene que ver con la búsqueda de la pureza, la higiene y por consiguiente con el resguardo del orden. De esta forma, ciertos jóvenes y sus manifestaciones culturales tribales, aparecen a los ojos de los buscadores de la pureza como transgresores de cualquier orden, incontrolables y por consiguiente, sujetos que pueden clasificarse como sucios, agentes contaminantes en cuanto son expresiones ilógicas que se encuentran fuera de lugar respecto del orden construido, y por tanto, hacen que el entorno se vuelva

incomprensible, ya que el orden supone como lo señala este autor, algo estable y regular, organizado según una estricta jerarquía. Sin embargo, los jóvenes y sus culturas, precisamente corresponden a expresiones de movilidad cultural y social, por lo tanto, no están petrificadas ni asignadas a un lugar; fluyen de un espacio a otro sin límites, no se encuentran en los lugares que se suponen deberían estar según los buscadores de la pureza y el orden, lo que provoca que éstas de alguna u otra forma tensionen y dejen al descubierto la fragilidad normativa existente, ya que traspasarán las fronteras establecidas con invitación o sin ella, convirtiéndose en agentes subversivos a los ojos del orden.

Así, de alguna u otra forma, la ciudad y los seguidores del orden deben tratar de “contener” la subversión, aunque sea simbólica que estas manifestaciones provocan.

Si seguimos a Levi-Strauss, hay por lo menos dos estrategias para resolver esta situación: *la asimilación*, que es una estrategia del aniquilamiento, donde los

extraños son devorados, y por otra parte el *vomitarse a los extraños*, desterrándolos de los espacios del orden, incomunicándolos, lo cual remite a la exclusión. Esta última estrategia posibilita el inicio de una “guerra contra los jóvenes” o ciertos tipos de jóvenes, que parte necesariamente con asignarles a éstos, como extraños que son una serie de rótulos que puedan estigmatizarlos a los ojos de la sociedad (delincuentes, drogadictos, desviados, anómicos, etc.). De esta forma, el estigma se transforma en la antesala del destierro para un grupo significativo de jóvenes o lo que es peor, éstos pueden ser borrados de nuestra vista; ser transformados en espacios vacíos como señalan Kociatkiewicz y Kostera, sin sentido, por lo tanto invisibles, desechables, sobrantes, dada la imposibilidad de clasificarlos.

Por otra parte, cuando estas estrategias no obtienen los resultados esperados por los buscadores de la pureza y el orden, sólo les queda la posibilidad de construir una ciudad y comunidad definida por sus límites estrechamente vigilados más que por sus contenidos, lo cual implica que se asista a la construcción de enclaves defendibles, a la contratación de guardias amados, a la privatización de la vigilancia, a los cierres y a la expulsión de los extraños o a la criminalización de las diferencias que puedan constituirse en peligro para el resguardo del orden y de esta comunidad idealizada. Esto lleva, como señala Zukin, a que el espacio público se militarice y se privatice, lo que hace que las calles, parques y comercio sean más seguros pero menos libres.

Tendríamos que señalar, respecto de esto, que nos encontramos con un problema, ya que si tomamos la definición de ciudad que realiza otro sociólogo como Richard Sennett, este es un espacio -en cuanto asentamiento humano- donde los extraños tienen

La ciudad y la comunidad que se quiere construir, atenta contra lo que se ha llamado la civilidad, que es precisamente poder interactuar con los extraños.





probabilidades de conocerse, en cuanto extraños, por lo tanto, en una ciudad lo que se intenta alcanzar precisamente, es el respeto a la diferencia, cuestión que nos define como seres o ciudadanos civilizados, ya que serlo es precisamente respetar las diferencias; dejar de lado las pretensiones de que todos somos iguales, de pensar que todos tenemos la misma opinión, cuestión que los buscadores de la comunidad persiguen incansablemente y que es parte de su atractivo, pero que hay que señalar que raramente se da en la vida real. La pretensión de pensar una comunidad y una ciudad como homogénea, donde no hay necesidad de negociar nada, ya que todos somos iguales, es impensable. De ahí, que los buscadores de esa comunidad o ciudad soñada, no se sentirán cómodos frente a los extraños, no serán capaces de disfrutar y convivir con las diferencias, de aprovecharlas, ya que el impulso más fuerte es a homogeneizar, a eliminar las diferencias, porque de esa manera el entorno se vuelve menos amenazante y menos angustiante.

Cuando la tendencia a la uniformidad se hace más intensa, más intenso es el horror a los extraños entre nosotros. Esto lleva a que la construcción de la comunidad se transforme en un fin en sí mismo, por lo tanto, a que se busque eliminar todo aquello que no pertenezca a la comunidad idealizada, como respuesta a la incertidumbre existencial que ha provocado la fragilidad de los vínculos sociales en la época actual. Esto estaría dando a un cierto tipo de patología social, una patología del espacio público que origina una patología de la política, a una negación del diálogo y de la negociación con aquellos que son distintos –como es el caso de los jóvenes–, a la sustitución del enfrentamiento y el compromiso

mutuo por las técnicas del escape, surgiendo así esa máxima que todos los padres dicen a sus hijos: “no hables con extraños” pero que ahora se ha convertido en una máxima estratégica de aquellos buscadores de la pureza y el orden, especialmente si esos extraños son jóvenes.

De esta forma, la ciudad y la comunidad que se quiere construir, atenta contra lo que se ha llamado la civilidad, que es precisamente poder interactuar con los extraños, dejándolos ser lo que son sin que dejen sus rasgos que precisamente los convierten en extraños.

“Hoy en día rapear es muchas cosas, como son que tenemos claro que es lo que queremos, sabemos que queremos edificar un nuevo mundo... sabemos bien que esta forma de vida que se está viviendo ahora cuenta con muchos antivales, que es lo contrario a lo que profesamos y queremos para nosotros”. (Legua York)

“El graffiti quiere expresar muchas cosas, pero depende qué graffiti, la gente tiene que verlo con otros ojos, si se ponen a verlo bien es arte y el arte hay que saber comprenderlo... uno pinta y pinta lo que siente...” (TMC)

“El hip hop nació en la calle y tiene que morir en la calle, porque es de ahí, ahí se vive todo, ahí se vive cada letra que saca uno cuando escribe” (Legua York) **P**

Santiago en 100 palabras

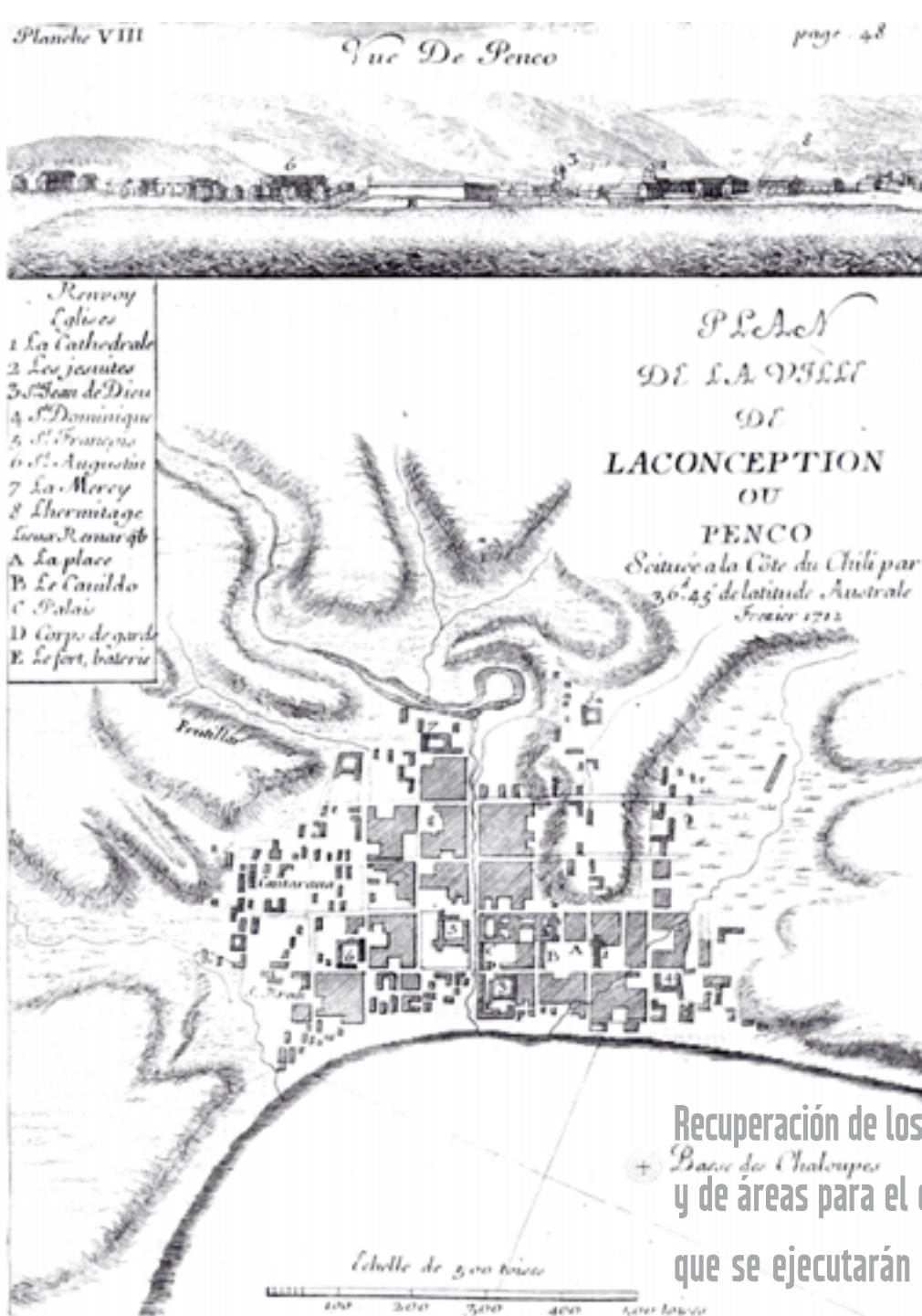


POR POCO

(Primer Lugar, 2002)

Una mujer me miró a través de la vitrina en un centro comercial. Y bien, en su mirada me vi con tres hijos, un perro en el patio, el miedo a perder el trabajo, los préstamos interminables, y unos atardeceres de domingo eternos y lánguidos en casa de sus padres. Sentí el peso de las mañanas iguales, de las tardes iguales, de las noches repetidas, de los iguales reproches. Rápidamente desvié la mirada, apuré el tranco y salí a la calle. Había sobrevivido a uno de esos segundos fatales con que la ciudad suele sellar el destino de los hombres.

Pedro Vallette, 35 años, Macul



Chile 2010

Recuperación de los cascos históricos de las ciudades, creación de paseos peatonales y de áreas para el esparcimiento, la recreación y la cultura son parte de las obras que se ejecutarán en las principales zonas urbanas del país y que buscan crear ciudades más amables para la celebración del Bicentenario.

Para el año 2010, cuando se celebre el Bicentenario de la República, se espera que Chile sea un país atractivo, interconectado y con mejores ciudades. Este objetivo es el que debe cumplir el Directorio Ejecutivo de Obras Bicentenario (DEOB) -integrado por los ministerios de Vivienda, Urbanismo y Bienes Nacionales, y de Obras Públicas, Transportes y Telecomunicaciones-, entidad a cargo de ejecutar las principales obras urbanas y de infraestructura que componen el Plan Maestro.

El conjunto de iniciativas diseñadas para la conmemoración se desarrollarán a lo largo del país, en dos grandes áreas: Interurbanas e Interregionales, y urbanas. El primer grupo abarca tres Macrozonas (I a IV, V a VII y VIII a XII Región) y sus obras se relacionan, principalmente, con la conectividad regional e interurbana y la oferta de terrenos para nuevos asentamientos poblacionales. Los proyectos urbanos, en tanto, tienden a mejorar los espacios públicos, la vialidad y la infraestructura urbana. Estas iniciativas apuntarán a potenciar los bordes fluviales y hacer ciudades más turísticas y conectadas. Y, en lo que se refiere a los patrimonios urbanos locales, se trabajará en restaurar los sectores y barrios históricos de las ciudades más habitadas del país.

Rescate Patrimonial

Algunas de las obras públicas que se desarrollarán en las principales zonas urbanas del país apuntan a potenciar los bordes fluviales y hacer ciudades más turísticas y conectadas. Y, en lo que se refiere a los patrimonios arquitectónicos locales, se trabajará en restaurar los sectores históricos.

En este sentido, las principales tareas se enfocarán a la restauración y conservación de los cascos centrales de ciudades como, por ejemplo, Arica, con la renovación de los espacios públicos y el entorno del Morro; Iquique, restaurando el entorno de la calle Baquedano y la escuela Santa María, y Copiapó, con la peatonalización de la Plaza de Armas y la

recuperación del casco antiguo de la ciudad. En Antofagasta, en tanto, se restaurarán los paseos Abaroa y Prats, además de la Plaza Sotomayor, y se realizarán trabajos de conservación en las Ruinas de Huanchaca. En la IV Región, específicamente en La Serena y Coquimbo, se revitalizará la zona típica y se restaurará el patrimonio cultural arquitectónico, respectivamente.

Algunas de las obras públicas que se desarrollarán en las principales zonas urbanas del país apuntan a potenciar los bordes fluviales y hacer ciudades más turísticas y conectadas. Y, en lo que se refiere a los patrimonios arquitectónicos locales, se trabajará en restaurar los sectores históricos.

En el Gran Valparaíso se revitalizará el casco histórico y el sector de la ex cárcel. En Linares, VII Región, se revalorizará el patrimonio urbano arquitectónico y cultural de la ciudad, modernizando la red de espacios públicos y medios de transporte urbano.

En la capital de la VIII Región, Concepción, se realizarán obras de remodelación de la Plaza España y se la unirá con la Plaza Independencia a través de un boulevard. Asimismo, se construirá la Plaza Bicentenario y se construirá el Teatro Pencopolitano. También en lo relativo a espacios culturales se desarrollarán proyectos en Temuco, IX Región, como el Museo de Arte Contemporáneo y el de Maestranza de Ferrocarriles.

Valdivia y Puerto Montt, en la X y XI Región, respectivamente, se construirán paseos peatonales (Libertad y calle Varas). En Curaco de Vélez, Chiloé, y en Coyhaique (XI Región) se remodelará la Plaza de Armas. Finalmente, en la región más austral del país, se renovará la señalética y el mobiliario urbano de los barrios históricos de Punta Arenas, entre otras obras.^P



Tipografías urbanas

Ojo "Se hacen Letras"

Hechas de tal modo que no reparamos en ellas sino en el mensaje que comunican, muchas veces las letras se vuelven invisibles a nuestra mirada. Para un ojo experto, sin embargo, ellas revelan mucho de nuestra identidad

■ por Tono Rojas

A fines del siglo XX, un par de estudiantes de diseño gráfico en proceso de titulación, fundamos el sitio con el objetivo de contar con una plataforma de difusión de nuestro proyecto: "Rescate de Tipografías Urbano Populares". A grandes rasgos, el proyecto consistió en la realización de un catastro urbano de diferentes letras rotuladas por cartelistas populares, con el fin de confeccionar tipografías digitales basadas en dichos ejemplos. Con el tiempo, nuestro sitio acogió el trabajo de otros diseñadores interesados en el área de la tipografía, logrando constituirse en un polo de difusión de una disciplina muy poco abordada en Chile.

Si bien el proyecto de Rescate tipográfico abarcó un área bien específica del diseño gráfico (el diseño de fuentes tipográficas), su área de estudio y trabajo es un terreno donde confluyen variadas disciplinas, particularmente de las ciencias sociales: la producción cultural de los sectores marginales de la sociedad.

La gráfica popular es una manifestación urbana que resuelve el acceso de los sectores sociales pobres a la generación de comunicación visual. Conformado fundamentalmente por pequeños comerciantes, este sector no puede ni necesita acceder a los profesionales de la comunicación (diseñadores, agencias, publicistas) y resuelven sus necesidades de comunicación masiva acudiendo a los servicios de artesanos especializados: pintores de carteles y letreros, los cuales en el ejercicio de su oficio van instalando una aproximación al trabajo gráfico que logra constituirse como una manifestación propia, que instala una estética y un gusto particular y, que por último, se hace representativa cierta identidad. Muchas son las causas de este fenómeno, pero a lo largo de nuestra investigación detectamos algunas fundamentales:

1. La técnica y los materiales empleados en esta actividad son casi siempre los mismos: pincel y pintura. Sabemos que la técnica determina ciertos aspectos formales en el trabajo gráfico, por lo que no resulta extraño encontrar una reiteración de rasgos formales donde se esperaría mayor diversidad.
2. El aprendizaje del oficio de cartelista ocurre en los talleres donde la relación maestro-aprendiz prefigura una tradición capaz de mantenerse con pocos cambios por varias

generaciones. Muchas veces, coincide además, con una relación familiar entre los involucrados, lo que colabora a hacer más fuerte el apego a la conservación de los medios expresivos.

3. Los aspectos semánticos también son relevantes en la construcción de este imaginario, en cuanto se construyen con expresiones muy locales propiciando la identificación de los destinatarios con los mensajes.

De este modo, la gráfica popular además de ser una respuesta pragmática a una realidad económica, va estableciendo rasgos de identidad que contrastan con los discursos homogeneizadores de la publicidad y el diseño gráfico "oficial". Los pintores populares aparecen así como gestores de un patrimonio visual capaz de representarnos frente al modelo impuesto por los profesionales de la seducción y el marketing. A diferencia del diseño profesional, la gráfica popular no se coloca sobre la calle, más bien se adapta a ella, se acopla, como dejándose abrazar.

El impacto de la tecnología digital

En el campo de la producción artesanal de piezas gráficas, los cambios técnicos no se traducen directa ni rápidamente en variaciones sustanciales de la gráfica misma. De la tierra de color sobre madera enalada hasta el látex sintético sobre lata, las transformaciones técnicas han sido múltiples. Pensemos en la variedad de colores disponibles a principios de siglo XX con respecto a las actuales cartas cromáticas o en la aparición de sencillas herramientas que han facilitado cada vez más el trabajo, como el Masking Tape o el aerosol. Las letras y dibujos tuvieron sin duda variaciones, pero siguieron respondiendo un lenguaje determinado: el del gesto manual.

El ingreso del computador en el área de la gráfica popular ha tenido un impacto de gran envergadura. Creemos que la clave se encuentra en que se pasó de una disciplina artesanal a una de tipo mecánica o automatizada.

Una característica importante de la gráfica popular, por ser ésta eminentemente publicitaria y de información, es el despliegue de conceptos que tienen su origen en la «alta» cultura. En un acercamiento intuitivo al discurso publicitario, el sujeto popular echa mano a referentes considerados «superiores» en un intento de dotar a los productos y a las instituciones de características implícitas en estos referentes; y es en esta descontextualización donde aparece un nuevo sentido, que particulariza un determinado sentir.

El discurso popular puede entenderse como el despliegue de la pretensión. Hay una constante búsqueda por aparentar más de lo que se es, por elevar la imagen en términos de status y en este proceso se emplean soluciones formales que son estereotipos masivamente aceptados. En definitiva, se toman prestados elementos culturales externos, propios de la cultura dominante (en nuestro caso europea y norteamericana) que son adaptados a una nueva realidad, resultando con esto un nuevo sentido y una determinada estética.

Cuando este referente externo es manipulado por el sujeto popular, se ve necesariamente enfrentado a una historia personal y social, que tiene gustos y preferencias, que tiene habilidades y deficiencias que lo diferencian de cualquier otro sujeto que lo manipule. Este sujeto, cuando decide reproducir el referente primario para adaptarlo a un contexto diferente, lo que en verdad hace es re-crearlo, ya que lo hace desde la lógica del trabajo artesanal. De esta manera el referente original es interpretado y reformado, transformado en un fenómeno nuevo. Obviamente, cuando este proceso ocurre dentro de las limitantes de la actividad artesanal, la variación va a ser mucho mayor que si ocurre en un proceso automatizado. Estará sujeto a más errores y a una mayor libertad para decidir cambios imprevistos. De hecho, la automatización de los procesos no es sino otra cosa que la búsqueda de evitar lo más posible la variación, con el fin de conseguir duplicados exactos de un original.

El computador permite justamente eso: reproducir a la perfección y cuantas veces se quiera una misma forma. Donde antes un referente se encontraba con un sujeto que lo transformaría para adaptarlo a una nueva realidad, ahora se va a encontrar con el operador de un sistema que podrá reproducirlo fielmente sin mediar, necesariamente, una adaptación.

La tipografía es en este contexto el elemento de mayor fragilidad. Con la tecnología digital es posible, si se quiere, reproducir con exactitud un cartel hecho a mano, pero llegar a escribir digitalmente como lo haría un letrista popular raya con lo imposible. En el computador formas y colores son infinitamente manipulables, pero la tipografía –por definición–, es un elemento estable, que cuesta mucho variar. En consecuencia, la letrística popular es el elemento que más posibilidades tiene de desaparecer con la masificación de la tecnología digital. El proyecto que llevamos a cabo intentó invertir dicha lógica, utilizando la tecnología digital para conservar las manifestaciones populares de la letrística urbana.

Nuevos aires

Pasado un tiempo, tipografia.cl se vio enriquecida con el trabajo de otros diseñadores nacionales involucrados en el diseño de fuentes tipográficas, particularmente Francisco Gálvez y Rodrigo Ramírez, acaso los exponentes más importantes del diseño tipográfico nacional actual. Tipografia.cl representó así una práctica del diseño preocupada de la relación identidad local y globalización, sintetizada en nuestra necesidad de ser constructores de una visualidad que dialogue con nuestro patrimonio y con nuestro entorno inmediato. En su artículo “Pregunta a los diseñadores: ¿Por qué tenemos que ir más allá de Arial y Times?” Rodrigo Ramírez resume así este rol:

“En el contexto del diseñador profesional, la realidad se verifica a través de lo que se puede mostrar. De esta manera asumimos (necesariamente) esa responsabilidad con respecto a lo que se trabaja, a lo que se presenta. No podemos conformarnos con lo que se entrega de manera gratuita, ni con la uniformidad que representan los modelos foráneos y globalizantes (...).

(...) En la era actual global y totalizante, debemos asumir más que nunca antes el rol de interpretar nuestro mundo cercano. En un contexto en que todo lo que hagamos sea para ser visto por mucha gente, en principio se trata de hacerse partícipe de las aspiraciones reales de la comunidad. Así es de primera prioridad conocer y dar valor a lo que observamos. Involucrarse en el proceso de diseño implica mirar más allá del monitor y sus menús, validar el entorno, hacerse parte”. P



La imagen representa un fenómeno en pleno desarrollo: la suplantación de un oficio artesanal: escritura manual, por la aplicación de una nueva tecnología, la impresión digital.

El proyecto de Rescate de Tipografías Urbano Populares intentó utilizar la tecnología digital para conservar las manifestaciones populares de la letrística urbana.



El abuso de la ornamentación es un rasgo típico de la caligrafía popular, herencia de la tipografía europea de comienzos del siglo XIX.



La caligrafía gótica en algún momento fue señal de elegancia, cosmopolitismo, etc. Hoy funciona como un signo en sí, ya que se constituye como un cliché de lo elegante, un estereotipo arraigado en la conciencia social.

A partir de este número, Patrimonio Cultural utilizará las tipografías TCL 355 en los titulares y Elemental Sans para el texto continuo. TCL 355 es una creación de Tono Rojas basada en la rotulación de las micros santiaguinas. Elemental es una familia tipográfica para texto, desarrollada por Francisco Gálvez. Ambas tipografías rescatan el oficio artesano de la confección de letreros y representan en el ámbito del diseño un aporte a la recuperación de nuestro patrimonio cultural.

Los pobladores refundan la ciudad



De los ranchos, conventillos y poblaciones callampas, hasta las grandes poblaciones de hoy, un largo proceso que va desde las “soluciones habitacionales” hasta “las tomas”, los que fueron habitantes marginales se han convertido propiamente en ciudadanos capaces de re-fundar la ciudad

■ Mario Garcés

□ Gentileza Archivo Museo Histórico Nacional

La histórica ciudad de Santiago, fundada en 1541, tuvo un crecimiento relativamente pausado en los tiempos coloniales y no fue hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando ésta crecía desordenadamente, que se hizo necesario emprender la primera reforma urbana, tarea que condujo el entonces Intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna. Más tarde, en los años treinta, del siglo XX, la construcción del barrio cívico representó una nueva transformación y a fines de los años cincuenta los técnicos del Ministerio de Obras Públicas se dieron a la tarea de planificar la expansión urbana considerando, entre otros, la construcción de la circunvalación Américo Vespucio.

En todos estos casos, la reforma o la planificación del desarrollo urbano vino desde el Estado, es decir, desde la autoridad política y las instituciones que debían velar por el desarrollo de la ciudad. Sin embargo, la ciudad no es resultado únicamente de la

y en cierto modo define en un sentido espacial el lugar que los ciudadanos ocupan en la estructura social. En el caso de la sociedad chilena, la ciudad de Santiago es muy expresiva del orden y de las jerarquías sociales desde su origen, pero más todavía, la primera reforma urbana –la que puso en práctica el intendente Benjamín Vicuña Mackenna– fue necesaria por los problemas que representaban el crecimiento de los pobres en la ciudad. El diagnóstico de Vicuña Mackenna, fue en este sentido paradigmático, al indicar que en realidad en Santiago convivían dos ciudades: “la propia, opulenta y cristiana” como llamó el intendente al núcleo histórico, y la ciudad “bárbara” o popular, como definió a la ciudad de los pobres, que ya en ese tiempo ocupaba un espacio semejante al de la ciudad de la elite, sobre todo hacia el sur del Canal de San Miguel (la actual Avda. Diez de Julio).

La ciudad no es inocente desde el punto de vista social, sino que más bien “materializa” las diferencias, las hace visibles y en cierto modo define en un sentido espacial el lugar que los ciudadanos ocupan en la estructura social.

¿Quiénes eran estos pobres que alteraban el desarrollo de la ciudad y que la hacían crecer sin seguir ningún plan de edilidad, como llamaba la atención Vicuña Mackenna?

acción del Estado, sino que también de una diversidad de “actores urbanos”, es decir sujetos colectivos que encarnan iniciativas que van dando una determinada fisonomía a la ciudad. En este sentido, es evidente, por ejemplo, que el primer trazado urbano fue obra del conquistador español que siguiendo las orientaciones urbanas de la ocupación repartió entre su hueste la ciudad originaria. Pero, pasado el tiempo, la ciudad fue habitada no sólo por los invasores, sino por los nativos y los mestizos, que fueron sometidos a las tareas de los “servicios urbanos” así como a ocupar un lugar en la ciudad, habitualmente precario y hacia la periferia.

básicamente campesinos, que estaban dando inicio al proceso de emigración del campo a la ciudad que recorriendo diversos ciclos no se interrumpiría desde la época en que escribe Vicuña Mackenna, en los años setenta del siglo XIX, hasta prácticamente las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX. Es decir, prácticamente cien años de oleadas de campesinos y de ciudadanos de pueblos o capitales de las provincias que creyeron ver en Santiago un destino mejor para sus vidas. Por cierto, este fenómeno social produjo grandes problemas urbanos para la ciudad capital de Chile, pero tal vez el mayor fue el de la habitación popular, que ya había visto Vicuña Mackenna, al describir la ciudad de los pobres, como tolderíos o “aduares africanos” insertos “en la culta capital de Chile”.

La ciudad, en este sentido, tanto en su origen como en su desarrollo posterior no pudo sino reproducir el orden social que se constituía. La ciudad no es inocente desde el punto de vista social, sino que más bien “materializa” las diferencias, las hace visibles

Las callampas

En realidad, los pobres que arribaron a la capital habitaron primero en ranchos, luego en conventillos y finalmente, cuando el déficit habitacional crecía, arrendando alguna pieza, como “allegados” en la casa de algún amigo o familiar, o definitivamente, en “poblaciones callampas”. Hacia 1952, cuando se realizó el Primer Censo Nacional de la Vivienda, se tuvo que reconocer que el déficit de viviendas a nivel nacional alcanzaba al 30% y en Santiago, llegaba al 36.2%, es decir, estaba seis puntos arriba de la media nacional. En términos de población, en las 104.531 viviendas precarias de Santiago vivían 447.026 personas mientras que en viviendas unifamiliares en mal estado lo hacían 85.745 lo que sumaba 534.771 habitantes que representaban el 30.5% de la población de la capital.

Los magros resultados sociales de nuestro desarrollo como país pobre y desigual tenían su correlato en los magros resultados en el desarrollo de nuestra ciudad capital. El Estado, a partir de los años cincuenta, habida cuenta de los resultados del Censo, tuvo que darse a la tarea de recrear instituciones y asignar recursos para emprender el cambio, una acción mínima de justicia social, y en este contexto, en 1953 se creó la CORVI (Corporación de la Vivienda) y en 1965, el Ministerio de la Vivienda y Urbanismo. Pero, la acción del Estado fue lenta y muchas veces engorrosa y burocrática, amén de que los recursos fueron siempre insuficientes para el nivel de necesidades. Los afectados, por su parte, es decir los “pobladores”, siempre contaron con algún nivel de organización que les permitía emprender “obras de adelanto” en sus barrios, incluso en las poblaciones callampas que se extendían por el Mapocho y por el histórico Zanjón de la Aguada. A partir de estas organizaciones, que se potenciaron en los años cincuenta y sesenta, entre otros, por el apoyo que recibieron de los partidos políticos, de la Iglesia Católica y en determinados momentos del gobierno (tal fue el caso de la Promoción Popular en los años sesenta), se fueron convirtiendo en activos interlocutores del Estado.

La toma va

El principal recurso de los pobladores, a partir de sus organizaciones, fue el de la ocupación del suelo urbano, siguiendo caminos institucionales y extra institucionales. Entre estos últimos, el más característico fue “la toma de sitios”. Por cierto, se trataba de una medida extrema, pero necesaria que actuó como presión y como solución para miles de familias pobres de Santiago. Entre las más conocidas están la “toma de Zañartu” en el sector sur del Estadio Nacional en 1947, cuyos ocupantes fueron trasladados a la Población La Legua; la “toma de La Victoria” en 1957, que protagonizaron pobladores del Zanjón de la Aguada, luego de dos incendios que provocaron estragos en octubre de ese año; la “toma de Santa Adriana, en 1961; y, la “toma de Herminda de la Victoria”, en 1967, que abriría un ciclo de tomas y “operaciones sitios” que a fines de los sesenta terminarían por transformar la ciudad de Santiago.

“Soluciones habitacionales”

En los años sesenta, los pobladores habían realizado ya diversos aprendizajes, que los convertirían a fines de esa década, como indicó un arquitecto y

urbanista de la Universidad Católica, en “la fuerza social más influyente dentro de la comunidad urbana de Santiago”. En efecto, si bien a partir de 1959, con el Plan habitacional del gobierno de Alessandri, se inició una activa política de vivienda, a partir de la cual nacieron poblaciones como San Gregorio, Neptuno y la más grande de todas, la Población José María Caro, pero siempre miles de familias quedaban en “listas de espera”, lo que gatilló la “toma de Santa Adriana” en 1961. Con Frei, los planes fueron más ambiciosos y más participativos, de tal modo, que no sólo se construirían más viviendas, sino que a propósito del terremoto de marzo de 1965 y de los respectivos temporales de ese año, el gobierno inventó la “operación sitio”, que buscaba generar lo que eufemísticamente se denominó “soluciones habitacionales” (un sitio urbanizado con una construcción mínima). Pero aun así, no alcanzaba, la demanda de viviendas era siempre mayor que lo que el Estado ofrecía y los pobladores, que creaban y multiplicaban los “comités de sin casa” recurrieron una vez más a “la toma”. Esta vez fue Herminda de la

Las acciones de presión y autoorganización de los pobladores se potenciaron al máximo –por ejemplo, entre 1969 y 1971 se contabilizaron 312 tomas de diverso tamaño, que involucraban a más de 50 mil familias y cerca de un cuarto millón de habitantes de Santiago–.

Victoria, en 1967, en Barrancas, comuna de la zona Oeste de Santiago.

A partir de esta “toma” la presión se incrementó no sólo porque el contexto político favorecía las movilizaciones populares, sino porque los pobladores aprendieron que organizándose, inscribiéndose en los diversos planes de vivienda que ofrecía el MINVU y sumando cuotas en sus libretas de la vivienda, podían presionar al gobierno para que adquiriera suelo urbano y pusiera en marcha nuevas “operaciones sitios”. De este modo, en la coyuntura 1967 y 1970, una combinación de “tomas”, “operaciones sitios” y la construcción de nuevas poblaciones, expandieron todos los límites urbanos de Santiago, dando origen a las poblaciones que hoy definen el Santiago popular: La Bandera, Villa O’Higgins y Nueva Habana (actual Nuevo Amanecer) por el sur; La Faena y Lo Hermida, por el oriente; Violeta Parra y Sara Gajardo por el oeste (Villa Francia y Robert Kennedy se habían iniciado unos años antes); El Cortijo, La Pincoya y Pablo Neruda, por el norte.

Las acciones de presión y autoorganización de los pobladores se potenciaron al máximo –por ejemplo, entre 1969 y 1971 se contabilizaron 312 tomas de diverso tamaño, que involucraban a más de 50 mil familias y cerca de un cuarto millón de habitantes de Santiago– pero además, cada acción de “poblamiento” iba acompañada de asambleas, constitución de comisiones de trabajo, construcción de los espacios públicos, la plaza, la escuela, el consultorio y las iglesias locales. Es decir, en todos los casos, sea por la vía de la toma, la operación sitio o la asignación de casas definitivas, los pobladores modifican su pertenencia a la ciudad y se hacían “ciudadanos” de “poblaciones definitivas” dejando atrás el pasado de los ranchos, conventillos y callampas. No era un cambio menor, redefinían su posición en la ciudad y al mismo tiempo, sin saberlo, estaban refundando la ciudad de Santiago. **P**



Entrevista con Carlos Franz

Mapa literario de Santiago

Carlos Franz carga a Santiago en sus maletas, y cita un verso del poeta griego Constantino Kavafis: "Vayas donde vayas la ciudad irá contigo...". Luego confiesa: "Uno sigue viviendo en esta ciudad, porque su fealdad es nuestra fealdad. Dicen que ningún padre encuentra a sus niños feos, eso no es así. Uno sabe que a lo mejor no es muy agraciado, pero los adora igual. Así es con Santiago. Nuestra relación de amor-odio es inseparable, aunque queramos irnos llevamos a la ciudad con nosotros".

■ por Delia Pizarro

Por eso, este escritor de la generación del 80, exorcizando una de sus obsesiones, develó nuestra capital en un ejercicio reflexivo, que buscó ir más allá del anecdótico urbanístico o arquitectónico. La muralla enterrada es un ensayo que contempla un largo recorrido por la novelística del siglo XX, que va desde Casa grande, de Luis Orrego Luco, El roto, de Joaquín Edwards Bello, Juan Lucero, de Augusto D'Halmar, hasta Mala onda, de Alberto Fuguet, Oír su voz, de Arturo Fontaine Talavera, y El infiltrado, de Jaime Collyier. Cada una de estas páginas arma el otro mapa de la metrópolis. "La novela chilena durante más de un siglo ha presentado ese nudo de contradicciones que es Santiago. Y al hacerlo ha desenterrado algo de esa misteriosa 'muralla imbunchada' de nuestra identidad. Probablemente nada, ni nadie, lo ha hecho de modo más intenso y por lo tanto más vivo, y en consecuencia con mayor poder revelador", apunta el autor en el libro.

Sentado frente a un ventanal, que muestra como un gran cuadro el Parque Forestal y el río Mapocho, Franz recuerda los orígenes de sus interrogantes sobre Santiago. "Escribí la primera versión en 1986, pero venía de una obsesión anterior, que es una pregunta por mi propia identidad. Porque desde adolescente sentí que una de las maneras de averiguar quién era yo, era preguntarme por la ciudad en que vivía. Me parecía que Santiago era tan misterioso, tan confuso, tan desordenado e incluso tan perdido como yo mismo me sentía".

¿Cómo realizó la selección de las novelas para el ensayo?

Primero ayudándome con textos canónicos del estudio de la literatura chilena. Allí, seleccioné aproximadamente 220 novelas, y a lo largo de los años dos lectores apartaron las que no tenían ninguna relación con Santiago. Al final quedó este corpus de setenta y tantas novelas, en las cuales rastree una imagen de Santiago que aparece de manera más o menos nítida. No son las únicas, seguramente hay más. Mi objetivo no era hacer un inventario.

Usted habla de un Santiago imaginario y otro real, ¿cómo se da esa relación?

Lo bonito de lo imaginario -a diferencia de una fotografía o un estudio urbanístico- es que hace una radiografía, ve los huesos de una ciudad -quisiera insistir en esto, porque es el objetivo final del ensayo-, ve lo que hay dentro de nuestra personalidad como chilenos. Como se dice en alguna parte del ensayo, cuando miras a la ciudad de Santiago y a su literatura, lo que haces en el fondo es leer a Chile. No niego la importancia de las provincias, pero Santiago es, para bien y para mal, el mayor dato de nuestra manera de ser país. Y la literatura, por otro lado, es el principal dato de nuestra cultura.

¿Cuál es la evolución de la mirada de la novela chilena sobre Santiago?

Hay una evolución, porque la literatura y la ciudad lo han hecho a lo largo

de un siglo. Pero lo que me interesaba era encontrar aquello que permanece de una manera más o menos constante, porque eso podría indicarnos un rasgo de nuestro modo de hacer ciudad y, por lo tanto, nuestra manera de ser chilenos. Y allí es donde encontré este par de conceptos fundamentales en torno a los cuales se organizan todas las ideas del libro, que son la muralla enterrada y el imbunche.

MUTILADOS Y ENTERRADOS

"Santiago; Chile: entre la muralla y el imbunche. Entre la inútil defensa de nuestras debilidades y la mutilación de nuestras posibilidades", escribe Franz. Son dos metáforas para pensar Santiago. La primera nace de la imagen de las ruinas de los tajamares del Mapocho, que durante la Colonia, fueron un paseo para la sociedad santiaguina. En tanto, el imbunche perteneciente a la mitología chilota, es aquel hombre cuyos miembros son amarrados o cortados y sus orificios son cosidos.

Si leemos el título puede creerse que se habla de un Santiago abierto, libre, sin muros. Pero no es así. ¿Se presta a confusión el título?

El título es ambiguo, porque la ciudad es ambigua. Los chilenos tenemos límites bastante estrictos en nuestra manera de convivir socialmente. Esta sociedad es muy segmentada, pero lo característico chileno es que ocultamos, enterramos, esos límites para que no se noten mucho. Por ejemplo, la violencia en nuestra sociedad es importante. Sin embargo, está revestida de un ropaje de legalidad, incluso cuando hemos tenido una dictadura, nuestra constante ha sido creer que somos bastante legalistas. Eso es tener una muralla enterrada.

Con respecto a la figura del imbunche, ¿Santiago es una ciudad mutilada?

Exactamente. Una de las intuiciones profundas que la novela chilena muestra sobre nuestra sociedad corresponde a esta figura chilota que es el imbunche, cuyos orificios han sido cosidos, sus miembros amarrados, para sin matarlo convertirlo en pura posibilidad, esto es, el proyecto de algo que nunca llega a ser. Es muy característico de nuestro modo de ser chileno dejar los proyectos a medias, caer en un temprano desánimo, en una especie de pesimismo ancestral que trunca, que corta. La ciudad de Santiago es claramente la historia de varios desarrollos frustrados. Sólo hay que ver el gran proyecto del barrio cívico mutilado, nunca terminado.

Usted escribe "Santiago tiene pavor al cambio y aborrece lo eterno" ¿Por qué esta contradicción?

Bueno, son los impulsos contradictorios que viven en nuestra sociedad. Hay una extraña relación entre el deseo de conservar y un instinto de destruir. De repente hay un hermoso proyecto urbano y, poco tiempo después, es destruido o intervenido de tal forma que pierde todo sentido original. Yo no tengo la solución de esta contradicción, pero la veo y es parte de muchos de nuestros conflictos.



CARTOGRAFIA FICTICIA: LAS CIUDADELAS

"Más que retratar calles, esquinas, plazas pobladas de niños o avenidas fatigadas por el trabajo humano, lo que hacen estas novelas urbanas es domiciliar los sueños de sus habitantes, radicar las imágenes de sus dramas, y así insinuar un espíritu de estos barrios". Con estas palabras de *La muralla enterrada*, Carlos Franz nos aventura por otra geografía urbana de Santiago. Forman el mapa literario La Chimba, El Centro, Estación Central, El Matadero, El Zoco o San Diego, La Ciudad de los Césares (cerro Santa Lucía, Parque O'Higgins, Alameda) y El Jardín o los barrios altos. Todos ciudadelas ficticias, pero que revelan de manera muy real una identidad colectiva.

Usted habla de ciudadelas dentro de Santiago, pero no como áreas geográficas sino como "regiones del espíritu". ¿Se comunican estas ciudadelas entre sí?

Santiago es una ciudad esencialmente fragmentada, donde hay escasa comunicación entre los diferentes barrios que llamé ciudadelas. Esto no es sólo característico de Santiago, se da en Buenos Aires o México, pero de otra manera. Lo particular de Santiago es que estos límites son bastante marcados aunque no se vean, por eso la idea de la muralla enterrada. Y hay una relación entre el aislamiento de las ciudadelas y el modo de habitar la ciudad, porque uno se aísla en la ciudadela para defenderse de lo otro. Sin embargo, al mismo tiempo, el muro que se construye es la comunicación con el otro.

Desde El Matadero hasta el barrio de los Jardines observa nuestra literatura un habitar en fuga. ¿Qué consecuencia tiene esta forma de vivir?

Bueno, la consecuencia más inmediata es la destrucción de lo que somos, que es una manifestación del imbunche. Lo que pasó con el barrio poniente es una consecuencia de esto. Otras clases con más sentido de la tradición no habrían abandonado los barrios en los cuales vivieron un momento de gloria; los barrios en los cuales sus antepasados construyeron algo, porque eso es un sentido de pertenencia, de tradición. La destrucción es una consecuencia y, en

el fondo, una expresión de nuestro instinto de autodestrucción. Aquí hay una pulsión de muerte en Chile, de la cual tenemos que darnos cuenta, rastrear sus causas; una tarea para sociólogos, políticos o antropólogos. La literatura, por lo pronto, ya ha cumplido con aportar esta poderosa metáfora del imbunche que describe nuestra forma de coartarnos a nosotros mismos.

En el ensayo deja la posibilidad de refundar Santiago. ¿Es probable?

Yo esbozo un par de ideas y apunto a un posible protagonista: la juventud. Creo que los jóvenes chilenos están viviendo nuestra ciudad y sociedad de una manera bastante más prometedora que generaciones anteriores. Circulan más por la ciudad –no por toda ella, pero por un segmento más importante–. Eso es esperanzador, eso significa estar subiéndose arriba de las murallas. Además, los jóvenes están mirando el imbunche de Chile y riéndose un poco. La estética juvenil con su fealdad deliberada es una especie de disfraz de imbunche, que es una manera de asumir el mestizaje, lo híbrido que somos. En fin, pienso que la posibilidad de refundar nuestra convivencia social pasa por apropiarse –sin negarlos– de la muralla enterrada y el imbunche. Convertir la muralla en atalaya, lo que significa subirnos sobre la muralla no sólo para saltarla y dejarla atrás, ni mucho menos para enterrarla, sino que para usarla como un lugar más alto desde el cual podemos mirar. No creo que podamos vivir sin esos límites porque son parte de nuestra alma. Lo importante es estar conscientes de ellos.

Y la literatura, ¿puede ayudar a la refundación de Santiago?

No creo que la literatura pueda ni deba transformar el mundo. Esa fue una noción romántica que duró muy entrado el siglo XX en nuestra cultura, por desgracia. Pero los escritores ya hemos sido relevados de esa megalomanía. Lo que sí pienso es que indirectamente la literatura ya nos ha hecho un favor, al desenterrar la muralla en nuestras ficciones, y al obligarnos a mirar el imbunche. Es lo más que se le puede pedir. Y no es poco. **P**

Proyecciones para un crecimiento acelerado⁽¹⁾

Hay un nuevo Chile allá afuera

■ por Ricardo Abuauad

Santiago crece y se expande, qué duda cabe, y algo parecido ocurre con la mayor parte de los principales centros poblados de Chile. La gran extensión de nuestra capital es tema permanente de debate en los medios especializados, y también dentro del público general a través de sus manifestaciones más evidentes: los largos tiempos de viaje y el consumo de tierra agrícola. El gobierno de Chile, a través del Ministerio de Vivienda y Urbanismo, ha previsto un notorio aumento de la demanda por metros cuadrados por habitante al 2010 en la Región Metropolitana, lo que sumado al aumento de hogares y a la disminución de número de personas por hogar, nos invita a imaginar una mancha urbana que se extendería sin control por el valle en el que se encuentra emplazada. Este escenario no puede menos que confirmarse si se recorre la periferia de Santiago y se es testigo de la proliferación de la oferta inmobiliaria en distintos estratos, pero manteniendo siempre la premisa de una densidad habitacional baja.

¿Cómo es nuestro nuevo Chile? Hay algo claro: en el plano valórico y de relaciones familiares se parece bastante más a los países desarrollados que a esa nación ultraconservadora que solemos representarnos cuando pensamos en nosotros mismos

A estos datos se le suman los que provienen del mundo de los desplazamientos: se prevé un aumento importante en el acceso al automóvil derivado del incremento de los ingresos que, para la Región Metropolitana, augura que una parte significativa del incremento de población se hará en los estratos medios, medio altos y altos. Este aumento en el número de automóviles no hace sino confirmar lo que se ha dicho: una apuesta por el crecimiento en extensión, permitiendo que sectores cada vez más alejados del centro sean percibidos como alternativas de localización de primera vivienda.

Los datos del censo del 2002 en cuanto al crecimiento por comuna no pueden ser más reveladores de esta tendencia: las comunas que presentan tasas más significativas de aumento poblacional son exclusivamente las

que se asocian con una oferta de vivienda en baja densidad en la periferia: Quilicura (con un crecimiento que representa el 207,7% con respecto a 1992), Puente Alto, Maipú, Lampa, Calera de Tango. Las comunas que crecen son aquellas en las que prioritariamente se construyen casas. Las zonas centrales, en cambio, bien equipadas y cubiertas con transporte público, no hacen sino perder población: la tasa de crecimiento en este período de la comuna de Santiago es de -10,8%, la de Recoleta es de -13,5% y la de Independencia de -16,4% la más baja del Área Metropolitana. Dicho de otra manera, y a pesar del diseño de una serie de incentivos nada despreciables a la localización central, como el subsidio de renovación urbana que ha aumentado significativamente el número de permisos de construcción solicitados en las zonas cubiertas, el centro de nuestra ciudad tiende a perder población y la periferia a ganarla. Ya en 1996 una encuesta del CEP revela que el 92,5% de la población preferiría, a igual costo, vivir en una casa, y que en esas circunstancias sólo el 7,2% restante optaría por un departamento.

Sin embargo, el perfil social y cultural que reflejan los datos del censo nos invitan a darle una segunda lectura a esta realidad. La inercia del crecimiento en expansión es, por cierto, innegable. Pero la estructura social que se anuncia sugiere dinámicas que aún no hemos explorado y que podrían tener una muy poderosa influencia sobre las maneras en las que ocupamos el territorio. Es más, podrían tener repercusiones sobre la forma de nuestras ciudades y sobre la manera de ejercer profesiones como las nuestras, en la medida en que seamos capaces de detectar los nichos que este nuevo país presenta.

Los cambios del nuevo Chile

Es cierto que la palabra "nuevo" pierde su sentido en un mundo en el que todo es nuevo. Tenemos ante los ojos una sociedad que cambia a un ritmo vertiginoso, y los cambios están aquí, entre nosotros. No se trata sólo de la globalización económica, ni de la facilidad para conectarse con un conocido al otro lado del mundo, sino de la profunda transformación que comienza a hacerse presente en la sociedad chilena, y que supone que la

imagen que habitualmente nos formamos de nuestra sociedad está ampliamente superada.

Somos una sociedad cada vez más urbana: la población de las ciudades crece en un 17,5% en el período 1992-2002, mucho más que la de la población general. Vivimos además mucho mejor en términos de bienes que antes. En el 92 existía un 9% de viviendas precarias, hoy sólo un 3,6%. Un 87% del país tiene al 2002 un TV color, un 82% tiene refrigerador.

Pero es sin duda en el plano social donde los cambios han sido más sorprendentes: en este nuevo Chile la familia ha perdido su rol como lugar central de la sociedad. O, al menos,

las familias ya no se parecen a las de antes.

La tasa de crecimiento intercensal de la población se ve ampliamente superada

por el del número de hogares, lo que se explica de una sola manera: nuestras familias son cada vez más pequeñas. El número de personas por vivienda, que en el 92 era de 4,3, hoy alcanza sólo a 3,8, y sigue bajando.

Las mujeres trabajan cada vez más fuera del hogar. Además, y seguramente vinculado con lo anterior, las mujeres tienen cada vez menos hijos: en el 2002 hay un 20,8% menos de niños bajo 4 años que en el 92. De hecho, el número absoluto de niños es hoy inferior al de 1970, y como porcentaje del total de chilenos representa la mitad que en 1960. El número promedio de hijos por mujer presenta desde la década 1950-1960 un descenso en picada.

Las mujeres en edad fértil son las que más trabajan: entre los 25 y 34 años el 50% de las mujeres son económicamente activas, mientras que en el 92 sólo llegaban al 37%. Como era de esperar a partir de las cifras anteriores, cada vez hay menos matrimonios: (61.600 en el 2002 contra 91.000 en 1994).

¿Cómo es nuestro nuevo Chile? Hay algo claro: en el plano valórico y de relaciones familiares se parece bastante más a los países desarrollados que a esa nación ultraconservadora que solemos representarnos cuando pensamos en nosotros mismos.

La pregunta que cabe hacerse tiene que ver con las formas en las que este nuevo Chile se apropiará de su territorio y habitará su espacio. Volvamos a la cifra del CEP de preferencia de casas por sobre los departamentos expuesta anteriormente: si una parte tan abrumadora de la población prefiere casas, ¿cómo es que se edifican torres de vivienda? La respuesta parece sencilla: el supuesto de "a igual costo" con el que se formula la pregunta no es aplicable a la vida real. Existen factores que modifican esa preferencia: la seguridad, los tiempos de viaje, los gastos.

Si esos costos son tan incidentes para una buena parte de los chilenos que, aun prefiriendo teóricamente una casa, deciden optar por un departamento, ¿es posible entonces pensar que a este nuevo Chile que emerge de las cifras la ciudad extendida y de casas aisladas le resulte poco apropiada? ¿Es acaso posible decir que para este nuevo Chile los costos de la vivienda aislada serán mayores? Hay buenos argumentos a favor de la hipótesis. ¿Está pensada la casa de los suburbios para una familia "no tradicional", monoparental, sin hijos, o bien francamente atípica (grupos de amigos)? ¿No asociamos la casa de los suburbios con una pareja casada, con hijos, idealmente incluso con una madre

que no trabaje y pueda pasar largas horas transportando niños de la casa al colegio y viceversa?

El tiempo de viaje promedio al trabajo en Santiago es hoy de 51 minutos⁽²⁾: si sigue aumentando hasta parecerse a otras ciudades latinoamericanas (Quito con 56, Bogotá con 90 o Río de Janeiro con 107), ¿estaremos todavía dispuestos a preferir la periferia? Ante estos datos, es difícil imaginar que una mujer o un hombre que se incorporan desde temprano al trabajo, que tiene pocos o ningún hijo, que no se casa, prefiera a ultranza una ubicación periférica alejada del centro que le exija enormes tiempos de viaje.

El Chile que reflejan los datos del Censo se parece, al menos en el perfil social y familiar, asombrosamente a esas nuevas series de la televisión norteamericana. ¿Repetiremos también su patrón de conducta en términos de ocupación del espacio?

El paradigma de las series de televisión a este respecto es claro: en los sesenta, La Hechizada representa un ideal de vida. Padre trabajador, madre dueña de casa, dos hijos. Una vivienda tradicional rodeada de jardín en un sector que, hasta donde es posible elucubrar, coincide con la imagen de ciudad jardín. Familias modelo, biparentales, casadas, que se desplazan en automóvil. La mayor parte del prototipo que nos vende la televisión durante esos años corresponde a esto.

Las series de los noventa son, en cambio, muy diferentes. Grupos de personas que no forman una familia pero que viven juntas. Amigos (Friends, Seinfeld, Sex and the city), Gays (Will and Grace, Queer as Folk), jóvenes de diferentes estratos. Habitan departamentos en el corazón de ciudades densamente pobladas, tolerantes, cosmopolitas, bien equipadas y con vida urbana. Se desplazan en transporte público, almuerzan en un café.

Evidentemente, la televisión no vaticina el futuro, sino que intenta representar el sentir de un estrato, un grupo, un momento. Pero algo parece claro: el Chile que reflejan los datos del Censo se parece, al menos en el perfil social y familiar, asombrosamente a esas nuevas series de la televisión norteamericana. ¿Repetiremos también su patrón de conducta en términos de ocupación del espacio?⁽³⁾

“En primer lugar, se discute si Santiago debe o no debe crecer, como si tuviéramos la capacidad de influir en ello. Es una gran discusión, y se relaciona, desde el punto de vista de las creencias urbanas, con la nunca terminada conversación acerca de los tamaños críticos de las ciudades. ...En mi opinión, el tamaño de una ciudad no es importante. Lo importante son las relaciones que se establecen dentro de esa ciudad, sean económicas, sociales, productivas o de servicios”.⁽⁴⁾ P

(1) Este artículo se presenta como un comentario a la conferencia dictada por Roberto Méndez Torres, presidente de Adimark, en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos de la PUC, titulada "Los nuevos Desafíos de un País Urbano" y realizada el día 31 de julio del presente. Le siguió una mesa redonda de discusión, moderada por Pablo Allard, y que contaba con Luis Eduardo Bresciani, Julio Poblete, Ricardo Abuauad e Iván Poduje como invitados. Los datos indicados en el artículo son aquellos expuestos en la conferencia por Roberto Méndez y se basan principalmente en el Censo 2002.

(2) Eduardo Rojas, BID,

(3) Puede argumentarse que en esas ciudades, donde se presentan las series, existe también un crecimiento en extensión. Si bien eso es cierto, no es menos cierto que sus centros urbanos son vitales, cosmopolitas y visitados por cientos de turistas. No se trata aquí de plantear la tesis de que nuestras ciudades no se expandirán, sino de que, además de la expansión, nuestros centros urbanos representan una alternativa viable para ese perfil de chilenos que emerge del Censo.

(4) TAMAÑOS, METAS Y REGULACIONES URBANAS, Pablo Jordán, *Estudios Públicos, 67, invierno 1997.

EL CAMBIO DE SENSORIUM

Hubo un tiempo en que los medios de comunicación hicieron honor a su nombre:

mediaron la experiencia de constitución de la ciudad. Pensando desde el París de Baudelaire, Benjamín ve emerger el moderno sensorium urbano en las mediaciones que el cine hace de las "modificaciones en el aparato perceptivo que vive todo transeúnte en el tráfico de una gran urbe" y añade: "Parecía que nuestros bares, nuestras oficinas y viviendas, nuestras estaciones y fábricas nos aprisionaban sin esperanza. Entonces vino el cine y con la dinamita de sus décimas de segundo hizo saltar ese mundo carcelario. Y ahora emprendemos entre sus dispersos escombros viajes de aventuras. Con el primer plano se ensancha el espacio y bajo el retardador se alarga el movimiento. No sólo se trata de aclarar lo que de otra manera no se veía claro sino de que aparecen formaciones estructurales del todo nuevas" (1). El cine medió así a la vez la constitución y la comprensión de un nuevo modo de percepción cuyos dispositivos se hallan en la dispersión y en la imagen múltiple: los mismos que hace visibles la "experiencia de la multitud", pues es en multitud que la masa ejerce su derecho a la ciudad y ejercita su nuevo saber, ese al que se resiste la pintura por no ofrecer su objeto a una recepción simultánea y colectiva, pero al que sí responde el cine: "de retrógrada frente a un Picasso, la masa se transforma en progresiva frente a un Chaplin".

También la radio ha sido constitutiva, mediadora de la experiencia popular de la ciudad. Insertando su lenguaje y sus ritmos en una oralidad cultural, que es organizador expresivo de unas particulares formas de relación con el tiempo y el espacio, la radio hizo el enlace de la matriz expresivo-simbólica del mundo popular con la racionalidad informativo-instrumental de la modernidad urbana. En la radio el obrero encontró pautas para orientarse en el discurso funcional de la ciudad, el emigrante modos de mantener una memoria de su terruño, y el ama de casa acceso a emociones que le estaban vedadas (2).

Con la televisión toma forma otro sensorium: en la ciudad diseminada el medio sustituye a la experiencia, o mejor constituye la única experiencia-simulacro de la ciudad global. Y ello porque la estructura discursiva de la televisión y el modo de ver que aquella implica conectan desde dentro con las claves que ordenan la nueva ciudad: la fragmentación y el flujo.

De la ciudad mediada a la ciudad virtual
Transformaciones radicales en marcha
Jesús Martín-Barbero

EL Hombre del Saco

un arquetipo urbano

■ por Patricio Heim

“estoy pensando que los demonismos están enternecidos con mi cháchara”

Bitácora 12, Divino Anticristo

Facsimil electro-químico.

El Loco, vigésimo segundo arcano del Tarot no tiene número, no tiene orden y por eso es un don nadie, un bufón que se ríe de todo, un ser que desde la marginalidad cuestiona cualquier orden establecido. El Loco expresa lo irracional, el caos y el inconsciente a flor de piel. Es el insensato que indiferente se pasea por la vida con el hato enganchado del hombro y repleto de sus improbables tesoros.

Meses atrás los matinales de televisión mostraban la conmovedora historia de un anciano ciego que vivía debajo de un puente del río Mapocho. Las obras emprendidas en el cauce del río lo obligaban a abandonar su refugio de cartón hasta donde una azarosa biografía y una peculiar filosofía de vida lo habían llevado. Rápidamente se inició la campaña mediática de rigor. “Una casa para el anciano desvalido”. Los equipos de producción gestionaron “la solución habitacional”, previendo el impacto que generaría en la audiencia la imagen del venerable anciano recién afeitado, con ropa nueva, agradeciendo el acto de caridad, en horario prime y en directo para todo el país. La historia, sin embargo, se chingó de entrada. Apenas le insinuaron la posibilidad de tener su casita propia y abandonar el puente y su vida miserable, el anacoreta respondió: -No, muchas gracias, déjenme aquí nomás, yo me las arreglo. ¡Pero cómo!, clamaron escandalizados los conductores del matinal. -Lo que pasa es que esas casas son indignas, muy chiquitas, se escucha todo. Yo jamás viviría en un lugar así –insistió el anciano. Asunto concluido. El reportaje se fue al corno. El matinal se las veía con un viejo desagrado, testarudo y a todas luces irreductible.

Seres marginales, perdidos entre la lucidez y la alucinación, como *El Padre Mío*, cuyo minucioso delirio registró a principios de los años ochenta la escritora Diamela Eltit; o el *Divino Anticristo*, verdadero mito urbano de nuestros días, deambulan por la ciudad como arañas por los hilos de su red, vagos y proscritos, pero orlados con cierto espesor existencial.

Estábamos ante la presencia de un auténtico homeless, un linyera, un croto, ante el viejo clochard parisino tan apreciado por los literatos. Nos referimos a esa clase particular de vagabundo urbano cuyo arquetipo es el Loco del Tarot y cuyo epígono podría ser Diógenes el Perro, el filósofo griego que vivía en un tonel, buscaba “al hombre” provisto de una linterna a plena luz del día y practicaba la masturbación en las plazas públicas (“¡Ah, si pudiera aplacar también el hambre con un ligero masaje en el estómago!”, reflexionaba el filósofo con un espíritu práctico a toda prueba).

De hecho, la palabra clave que une al clochard con el filósofo cínico es “libertad”. Considerada por esta escuela filosófica como el bien supremo del alma, la plena libertad sólo parecía alcanzable a través de la más completa autosuficiencia, permaneciendo inmune a los requerimientos sexuales, pecuniarios, de poder o de gloria. El filósofo cínico es un extremista del pensamiento socrático y un referente obligado para quienes ven en el clochard una reminiscencia de los antiguos esplendores clásicos. Analogías como ésta son seguramente las que convierten a estos antihéroes urbanos en pasto de intelectuales ávidos de teorizar

“el margen” y de estudiantes de humanidades que los siguen por las calles con cierta devoción. Y son ellos, principalmente, quienes se encargan de alimentar el mito de estos estafalarios militantes sin bandera, de quienes se espera que respondan a los gritos o las patadas ante la menor provocación, que dominen el latín y comenten con erudición impecable a Wittgeintein y prorrumpen en alocuciones conspiranoicas y arrebatos sagrados.

Así, la ciudad va urdiendo la historia de estos harapientos alucinados, intentando rastrear una biografía que inevitablemente ha sido borrada. Del vagabundo se dirá de todo: que se quedó pegado por fumar mucho pito; que siendo un brillante profesor de filosofía, enloqueció cuando su novia lo dejó esperando en el altar; que era adicto a los Desbutales y que cuando éstos desaparecieron del mercado, el consumo de tóxicos sucedáneos lo malogró. Se hablará del primogénito de una familia multimillonaria culpable de un crimen horrendo; de un esforzado seminarista al que la masturbación y los ejercicios espirituales terminaron por sorber el seso.

Seres marginales, perdidos entre la lucidez y la alucinación, como *El Padre Mío*, cuyo minucioso delirio registró a principios de los años ochenta la escritora Diamela Eltit; o el *Divino Anticristo*, verdadero mito urbano de nuestros días, y motivo recurrente de crónicas urbanas, deambulan por la ciudad como arañas por los hilos de su red, vagos y proscritos, pero orlados con cierto espesor existencial.

El hombre sin identidad

Por una curiosa inversión, el ciudadano medio transita por las calles como una fracción anónima del cuerpo social, ajeno y presuroso, mientras que el marginal, el idiota del pueblo, aparece instalado en la vía pública como en su territorio propio, perfectamente individualizado, dueño de su particular estatuto de deschavetado personaje público.

En estas condiciones se hace difícil que esta clase de vagabundos pueda servir cabalmente a la representación de la pobreza. Su imagen, por tanto, no es requerida cuando se debe hacer el retrato mediático de la miseria. Algo hay de perturbador en su desparpajo y en el brillo fanático de su mirada loca que no calza con el estereotipo de la pobreza. Algo hay en él de obstinado y algo también de obsceno.

En una antigua entrevista (Revista Iberoamericana, 1971), José Donoso, autor de esa suerte de exploración del inconsciente colectivo que es la novela *El obscuro pájaro de la noche*, se refería a nuestro personaje en los siguientes términos:

"Para mí, por ejemplo, una de las grandes fantasías psicoanalíticas (en los años de psicoanálisis que he hecho) ha sido el tema del clochar, del vagabundo (...). Hay momentos en que me veo como un clochar, y es el momento de mayor terror. El hombre sin identidad. En fin, creo que no creo que exista una unidad psicológica en el ser humano. He tomado demasiadas veces píldoras; he fumado marihuana; he tomado demasiadas cosas; me han pasado demasiados accidentes psicológicos para creer que yo soy una persona. Soy treinta personas o no soy nadie".

En términos parecidos se refiere Diamela Eltit al *Padre Mío*, cuyo testimonio es el de "Esa mente vaciada de realidad, dedicada a urdir la manera de descifrar su dolorosa y definitiva verdad. Aterrado en medio de un complot, el poder lo acechaba, mortífero, convirtiéndolo en un sujeto que ya se había desprendido de todo, incluso de su nombre propio".

"Porque yo fui planeado –afirma el Padre Mío– por asesinato y enfermo mental y depravado por el trago en la locución, en los periódicos, en la Comisaría, en el Juzgado, en el Open Door y en el Siquiátrico, donde me dejaron cómplices influyentes, por lo que está planeado una vez más. Pero yo puedo solucionarles eso. Tienen que conseguirme el medicamento para el procedimiento del ilusionismo, para las indicaciones de quiénes son las Ilustrísimas que representan los cargos de las garantías. Las representa el Padre Mío que es el señor Luengo que es diputado y senador, cómplice una vez más para la usurpación que viene al mundo". (página 42, tercer encuentro, 1985).

Pareciera que el vagabundo ya no existe más para sí mismo, su desvarío ha difuminado los contornos de su desventura privada. Existe para todo el resto, es parte del paisaje y la ciudad lo ha elevado al terreno más difuso pero más perdurable del mito urbano.

El *Divino Anticristo* o la loca del carrito, nos informa en uno de sus textos autoeditados que: "lo propio de este tiempo es la afanosa búsqueda de una identidad femenina, en consecuencia la pregunta por la dignidad y la división de la ecúmene de la mujer es una cuestión analítica constituye la verdadera revolución pendiente". Revolución que el *Divino Anticristo* encarna en su propia humanidad travestida, símbolo de la unidad esotérica representada por el Hermafrodita.

Pareciera que el vagabundo ya no existe más para sí mismo, su desvarío ha difuminado los contornos de su desventura privada. Existe para todo el resto, es parte del paisaje y la ciudad lo ha elevado al terreno más difuso pero más perdurable del mito urbano.

Es como si estos personajes se fueran convirtiendo con el tiempo y las elucubraciones urdidas en torno a ellos y sus desvaríos, en una suerte de *ready mades* vivientes, artefactos transformados por el contexto, como el famoso urinario de Duchamp, fuente inagotable de metáforas y desplazamientos simbólicos. Todo en ellos se vuelve material reciclable: su estrambótica figura, sus orgullosos alegatos libertarios, el paño roñoso con el cual practican a veces su precario comercio de objetos desahuciados. El misterio de esa moneda de un peso puesta a la venta entre zapatos guachos y tapas de bebida es un claro ejemplo. Cómo resistirse a preguntar,

–¿Cuánto vale la moneda?

–25 pesos.

El caso se presta igualmente a la representación de la locura que a una microscópica metáfora de la especulación financiera.

En la novela *El arranca corazones* de Boris Vian, aparece un personaje cuya misión es absorber las vergüenzas del resto de la comunidad. Recorre en una barca las aguas de un lago alejado del pueblo –como Aqueronte–, sumergiéndose en las aguas turbias para traer a la superficie, entre los dientes, los despojos evacuados secretamente. Se le paga en oro para que permanezca aislado, para que se encargue de los restos oprobiosos. Así mismo, la ciudad dispone del loco del saco, o de la loca del carrito.



Le otorga el privilegio del nombre propio (nombre que él mismo ha perdido para sí), le concede identidad para que cargue sobre sus espaldas de indeseable aquello de lo cual los habitantes de la ciudad no quieren hacerse cargo.

Parte del lujo de la ciudad consiste, precisamente, en ese elusivo contacto con el caos. De la ciudad nos gusta el ruido de las sirenas a lo lejos, el olor punzante de ciertos rincones o ciertos sitios eriazos que nos son vedados, el tráfago de las calles y sus personajes extravagantes. Nos gusta que la ciudad albergue todas esas posibilidades oprobiosas y ocultas, siempre y cuando no nos agredan directamente y podamos optar por recluirnos en la seguridad de nuestros hogares, desde donde los gritos y las blasfemias y el ruido de los vidrios quebrados llega amortiguado, incapaz de traspasar los cerros.

De algún modo nos gusta que existan estos personajes pululando en la trama de las calles, nos sirven de excusa para inventarnos una idea poética de la libertad y del riesgo de estar vivos. Y en el peor de los casos son como un paisaje de fondo ante el cual contrastarnos y sentirnos menos incómodos en nuestro propio pellejo.^P

Santiago en 100 palabras

SANTIAGO DE NUEVA EXTREMADURA

(Mención Honrosa, 2002)

Éste es el lugar. Aquel río nos brindará agua y desde esta cima veremos si el enemigo se aproxima. Luego haremos calles anchas para evitar los atochamientos. El río mantendrá su cauce. Castigaremos a quien ose ensuciarlo. Construiremos alcantarillas que sean capaces de beber las aguas lluvias, precaviendo inundaciones. Ubicaremos el aeropuerto retirado y hacia el sur, evadiendo la neblina. Desapareceremos uno o dos cerros para ventilar la cuenca y evitar el smog. Quiero que la Plaza de Armas sea inmensa, un parque. ¿Qué opina Gamboa, estaré exagerando? ¿Sí? Entonces olvide lo que he dicho y que sea su voluntad.

Jorge Aguilera, 23 años, La Florida

Con Heredia en "La piojera"

Un encuentro entre el famoso detective privado y el autor en el bar La Piojera, mítico epicentro etílico y costumbrista del centro de Santiago

■ por Ramón Díaz Eterovic

Un fantasma recorre el barrio –dice Heredia, preocupado, cuando me llama por teléfono a una hora en que preferiría que nadie me molestara. Se trata de la noticia del próximo cierre de “La Piojera”, bar-picada que junto al Wonder y el Touring es uno de los últimos bares para la bohemia popular que van quedando en los bordes del Mapocho, y al que él y yo solemos concurrir desde hace varios años. Después de los lamentos y las maldiciones contra la modernidad que arrasa con los barrios tradicionales de Santiago no nos queda otra opción que concertar una cita en el bar. Tal vez la cita de la despedida, o tal vez no, porque las noticias del cierre del bar se remontan desde hace dos o tres años y siempre, hasta ahora, sus puertas han permanecido abiertas para los que buscan aplacar la sed. Pero por si acaso, por si ahora el rumor es cierto, reunimos todas nuestras nostalgias y concertamos un encuentro en el bar.

A la hora convenida, entro al bar y descubro a Heredia acodado en el enorme mesón del bar, a poca distancia de la caja registradora de bronce que preside el añoso mesón donde lucen sus colores los arrollados, los perniles, las fuentes de huevos duros y las jarras de chicha, pipeño o ponche. El detective privado es conocido en el lugar y no faltan los parroquianos que lo saludan a voz en cuello o con un

las noticias del cierre del bar se remontan desde hace dos o tres años y siempre, hasta ahora, sus puertas han permanecido abiertas para los que buscan aplacar la sed. Pero por si acaso, por si ahora el rumor es cierto, reunimos todas nuestras nostalgias y concertamos un encuentro en el bar.

agitar de manos. No me extraña la puntualidad de Heredia, ya que él vive en la misma calle Aillavillú donde está ubicada La Piojera; una calle breve y vital donde sobreviven algunos bares, toples, boliches de venta de yerbas, salones de pool. La noticia dice que La Piojera dejará su espacio a un mall, y no me sorprende. El barrio ha ido perdiendo sus rincones más populares, y otras picadas del sector, como la Boite Zeppelin y el Bar La Bomba, hace tiempo que sólo son un recuerdo. Después de beber una caña de pipeño optamos por hacer memoria. La Piojera se creó el año 1916 y su dueño fue Carlos Benedetti, padre de las señoras que en la actualidad lo administran y que, de ser verdad lo que dicen los diarios, se declaran enfermas y bastante cansadas del negocio. Puede ser, decimos a coro con Heredia, pese a que basta una mirada a la clientela para

darse cuenta que el negocio renta. Miro hacia la caja y veo a una de las señoras, con su cara de póker de costumbre, recibiendo y controlando la venta y cobranza de las cañas y sándwichs, fiel al lema que indica un enorme letrero colgado al costado de la barra: “En el mesón servido y pagado”. El nombre del bar se le atribuye al presidente Arturo Alessandri, político aficionado a las parrandas que murió en el cálido lecho de su amante. Se dice que llevado al lugar por un grupo de amigos o partidarios, habría exclamado: “¡Me han traído a una piojera!”. Otros presidentes de la república también pisaron La Piojera para hacer sus gárgaras democráticas. Heredia apunta que el bar también fue visitado por Neruda y otros poetas y escritores que animaban la bohemia santiaguina de los años treinta, recorriendo algunos bares del sector como El Hércules y la boite Zeppelin. ¿Y De Rokha, habrá venido don Pablo a La Piojera?, pregunta Heredia en lo que puede ser el inicio de una nueva investigación. A mi vez, recuerdo que en los años ochenta, un grupo de poetas hizo una lectura de poesía en La Piojera. Algo tan espontáneo como sentarnos a una mesa, pedir una jarra de chicha, leer poemas y ver como a nuestro alrededor comenzaban a congregarse los clientes de turno que, luego de escuchar y aplaudir, comenzaron a enviar botellas de pipeño hacia la mesa de los poetas. Otra época, el breve recuerdo de una bohemia que se ejercía bajo el rigor del toque de queda.

Al calor de mi charla con Heredia se suman otros clientes. Uno, que en sus manos porta un afiche de Allende que acaba de comprar, dice que él concurre al bar desde hace treinta años cuando llegaba de la mano de su padre. El hombre expresa sus recuerdos y luego, pidiendo permiso para ausentarse de nuestro lado, da tres o cuatro pasos, se acerca a la dueña del bar y le dice que quiere comprar uno de los viejos bancos del bar. Quiere tener un recuerdo de La Piojera, dice e insiste, una y otra vez. La mujer se niega a la idea de vender uno de sus maltrechos asientos y el hombre deja un puñado de billetes arrugados sobre la barra. Más adelante, le dice la dueña, hermética y posiblemente algo cansada con el barullo periodístico que se ha armado en el último tiempo con motivo del cierre del bar. El hombre regresa a nuestro lado, triste, con los billetes apretujados en un puño. Me pregunto

cuánto costará rematar la caja registradora y mi mirada vaga por las mesas y sillas del bar, todas sucias, descangalladas y cubiertas de grafitis y rayados hechos con cortaplumas.

El bar está atestado de clientes –los de costumbre y los que han venido por la noticia del cierre–, y por entre sus mesas avanza una mujer que ofrece sus servicios fotográficos. Los clientes se entusiasman y muchos de ellos immortalizan sus sonrisas desdentadas y semiebrias. Todos los presentes parecen hacer recuerdos. Los parroquianos viejos hablan del pasado que, de acuerdo al lugar común, suele considerarse esplendoroso; los más jóvenes escuchan y pasean su mirada por el bar, con la angustia de ser testigo de la desaparición de un espacio de la historia capitalina. Otro de los bebedores que se han sumado a nuestra conversación lamenta el poco respeto que existe por las tradiciones en nuestro país, y al decir eso, junto a sus lamentos por el cierre de La Piojera, agrega que no se escuchen cuecas y que para las Fiestas Patrias ya no se pinten las fachadas de las casas ni la gente se compra pilchas nuevas. Heredia se muerde la lengua para no hacer un comentario. Sé que detesta las cuecas y a los pijes que se disfrazan de huasos para las Fiestas Patrias. El cliente que tiene el afiche de Allende en sus manos mueve su cabeza para manifestar su acuerdo con lo dicho, y al tiempo que vuelve a poner sus billetes sobre la mesa, llama a un mozo para que transforme ese dinero en más pipeño para todos. Un tercer cliente sonrío a nuestro lado con la expectativa de beber algunas copas extras. Alegre, dice: “Yo a veces vengo en las mañanas, a veces al mediodía y en otras ocasiones en la tarde. Pero a la hora que sea, siempre salgo cocido”. La sentencia saca trago y brindamos por el espontáneo filósofo.

Como en otras ocasiones, el bar también está lleno de vendedores de afiches, juego de dominó, naipes, casetes pirateados, bolsas de charqui y peinetas. Por sus pasillos se deslizan algunos gatos de cuero curtido. Uno de pelaje blanco se detiene junto a Heredia, y éste me dice que el felino se parece a su gato Simenon. Un trío de cantantes inicia la interpretación de una ranchera que apaga la poesía del tango “Cambalache” que brota de alguna radio portada por uno de los parroquianos. Los clientes aplauden. Un borrachito recorre las mesas pidiendo monedas para la penúltima caña, y otro, con la sopaipilla ya pasada, se apronta a dormir su siesta en un rincón del bar. Los mozos, ágiles e infatigables, recorren las mesas sirviendo las bebidas y los bocadillos. No están acostumbrados a recibir propinas y son estrictos en el afán de servir y cobrar.

Hay vidas e historias en el bar. Su vitalidad se intuye, se siente y huele confundida con el aroma de brota de las barricas y de las fuentes con arrollados. Miro sus paredes en las que cuelgan afiches que promueven vinos y cervezas, dos o tres cuadros algo borrosos, letreros con el precio de los tragos y las comidas, páginas de diarios que ya nadie consigue leer, el aviso de un gásfiter que ofrece sus servicios. Deseo retener cada una de las imágenes que contemplo. El tiempo pasa de prisa. El mesón se llena de otras copas: vaso, caña, patos y medios patos. Uno de mis compañeros de copas engulle un huevo duro. “Beber sin comer me hace mal”, dice y se limpia la boca con las mangas de su camisa. El aire se enrarece con el aroma del huevo, pero pronto éste es superado por el habitual aroma etílico del lugar. El borrachito que hasta ese momento recorría las mesas se acerca a Heredia y le pide



Alvaro Hoppe

El nombre del bar se le atribuye al presidente Arturo Alessandri, político aficionado a las parrandas que murió en el cálido lecho de su amante. Se dice que llevado al lugar por un grupo de amigos o partidarios, habría exclamado: “¡ Me han traído a una piojera”.

unas monedas para comprar una copa. Heredia deja un billete en las manos del hombre, y el rostro de éste se ilumina con una sonrisa de oreja a oreja.

Al cabo de algunas horas la noche hace su juego y se infiltra en el bar. Los rostros de los clientes que sobreviven se han puesto sombríos. En sus ojos brilla la nostalgia y el alcohol. Algunos cantan los desolados versos de una canción de Lucho Barrios o Ramón Aguilera. Una conocida patín del barrio termina de convencer de sus bondades al primer cliente de la noche, y un par de borrachos orientan sus pasos hacia el rigor de la oscuridad mapochina. ¿De verdad se termina La Piojera? Mi pregunta queda en el aire. Heredia mueve los hombros con desganos y señala la salida. Lo sigo. Junto a la puerta del bar una mujer vende pan amasado, huevos duros y cigarrillos. Heredia se detiene a su lado y compra una tortilla amasada y un cigarrillo. Guarda el pan en su chaqueta y cuelga el cigarrillo de su oreja derecha. Para el desayuno, me dice, y se queda mirando la fachada del bar, donde con letras grandes se leen las palabras: Bar y pipeño. Todo lo que se ama, irremediamente se pierde, dice Heredia y comienza a caminar en dirección a su departamento. Intuyo que desea estar solo, y no lo sigo. El fantasma de un rumor recorre el barrio Mapocho.^P

Santiago en 100 palabras



ENTRE MONOS Y ABOLLONES

(2001)

A la hora de la choca nos ponimos a mirar namis. Pasa la muñeca diabólica en chancha, gritamos... “Mijita, échele un huevito al caldo, que lleva 30 cazuelas atrás”. Del lote, el pulento John mueve monos y motes. Es pintiaito y bacán, tenía jermu y tres brocas. Le decíamos: “Ándate derecho pa la casa, te ponen los cachos, te comen la color”. El viernes se fue temprano, el sábado no llegó. Hoy leí en la popular que encontró a su jermu abollando con otro, le dio la fleta, la dejó fiambre, agarró una cuerda y en la cancha se ahorcó.

Alejandra Parra, 31 años, La Cisterna.



□ Monasterio de Las Claras en Revista Chilena de Historia Natural, N°6. 1917. Colección Hemeroteca Biblioteca Nacional

¿Fantasmas en la Biblioteca?

■ por Justo Alarcón

Emplazada sobre lo que alguna vez fue el convento de las monjas clarisas, la Biblioteca Nacional parece albergar en sus dependencias algo más que libros.

Es muy sabido que el actual edificio de la Biblioteca Nacional fue uno de los “megaproyectos” del Centenario de la Independencia de Chile; que su construcción se inició en 1913, cuando el Servicio cumplió cien años; que se alza en la manzana comprendida entre Alameda, Moneda, Miraflores y Mac-Iver, adquirida por el Estado a la Orden de Santa Clara, donde las monjas claras o clarisas tenían su templo y convento. Posiblemente sea más ignorado que entre 1910 y 1913 se libró dura batalla entre los parlamentarios que debatían si debía situarse frente al río Mapocho, en el sitio donde actualmente se encuentra el Mercado Central, o donde se inicia el Parque Forestal y que en el último momento, ya decidido el lugar donde se levantaría, estuvo a punto de compartir terreno con un cuartel policial. Finalmente, triunfó un proyecto en cuatro etapas, de las cuales se han materializado sólo tres: Alameda, Miraflores y Moneda. De Mac-Iver ya nadie habla, parece existir consenso en que esta cuarta etapa pendiente no es ya más que una quimera.

Faltan pocos años para que el edificio celebre su primer centenario. Tiempo más que suficiente como para haber originado su propio legendario.

Por supuesto, como corresponde, no se sabe con precisión cuándo comenzó a hablarse de ellas, pero ya en la década de los sesenta era muy común que cuando entraba un funcionario nuevo se le acercara alguien para advertirle en voz baja “Aquí penan. Yo no las he visto nunca, pero a muchas personas se les han aparecido las monjitas que vivieron aquí y están enterradas bajo los cimientos”. Esta noticia suele causar gran efecto, especialmente entre las muchachas, que desde entonces, cuando comienzan a caer las sombras, no se atreven a quedar solas o atravesar salones, pasillos y almacenes, si no van acompañadas. Atizan

la leyenda la magnitud de los espacios, las sombras de la noche, los rincones oscuros, las maderas que crujen, el batir de ventanas, los susurros y vuelos de palomas, y las carreras de algún ocasional roedor.

En los años ochenta excavaciones realizadas en calle Mac-Iver sacaron a luz osamentas humanas. Practicadas las investigaciones de rigor, se determinó que correspondían al cementerio de las clarisas. La fábula se confirmaba, cobrando vida y sentido.

La historia más recurrente es la de los auxiliares encargados, al final de cada jornada, de apagar las luces de los depósitos de libros, cerrar todas las puertas y dejar las llaves en la portería. Tales depósitos, también llamados almacenes o pisos, tienen un largo pasillo central, son angostos, de techos bajos y tienen dirección norte sur. Existen ocho paralelos a Miraflores y otros ocho paralelos a Mac-Iver, conectados por escaleras que forman laberintos borgeanos. Para aumentar el misterio, el primero es semisubterráneo. Desde Mac-Iver es posible apreciarlos claramente. Una sección como Chilena o Hemeroteca tiene tres pisos. Fondo General tiene siete. De manera que hasta hace diez años había auxiliares que debían recorrer el pasillo de cada almacén para ir apagando las luces, una por una, hasta llegar a una escalera para subir o bajar al piso siguiente, donde se repetía la operación. Muchos aseguraban que cuando llegaban al final del recorrido, a la puerta que cierra la Sección, se daban vuelta y solían comprobar con espanto, que todas las luces estaban encendidas, debiendo volver sobre sus pasos. En 1994, los depósitos fueron provistos de un sistema automático, que permite encender o apagar las luces por sectores, desde un interruptor central que corta o da luz a cada piso. Al parecer, desde entonces no se han vuelto a producir estos fenómenos.

También se dice que los mayordomos y guardias de seguridad que cuidan

el recinto y hacen recorridos nocturnos sienten presencias, sombras que se mueven, ruidos, inesperados golpes de puertas e inclusive que los empujan o detienen su marcha. Hay funcionarios que se han quedado solos hasta tarde y aseguran que, de pronto, los sillones giratorios de sus oficinas se han puesto a rotar como trompos.

Una administrativa ya jubilada contó, en ronda de amigos, que una noche estaba atendiendo el salón de lectura cerca de la hora del cierre cuando llegó un lector habitual que necesitaba con urgencia un libro ubicado relativamente cerca del mesón. Como ya no tenía auxiliar a su lado, decidió ir ella misma a buscar el libro. Entró al almacén que estaba a oscuras y a medida que avanzaba, las luces se iban prendiendo solas, una a una. Llegó hasta donde se encontraba el libro y volvió al salón con él, mientras las luces se iban apagando solas, una a una.

También se cuenta que hay auxiliares que han ido a buscar un libro a un rincón, generalmente detrás de los ascensores, y al ir a sacarlo, alguien les ha tomado la mano.

Pero, al parecer, no sólo las simpáticas y traviesas clarisas deambulan por el edificio. Hace unos quince años, dos administrativos se quedaron en su oficina hasta la medianoche para terminar un trabajo urgente de fines de año. Al finalizar, bajaron por el ascensor de Moneda e ingresaron a la Galería Azul, en dirección a la Alameda. Cuando iban a la altura de la puerta de entrada del Salón de los Fundadores, la galería comenzó a estremecerse violentamente. Al mismo tiempo escucharon relinchos de caballos desbocados

viniendo en tropel tras ellos. Cruzaron una mirada y en pocos segundos estaban en la Sala de Guardia del subterráneo de Alameda.

Hubo un auxiliar que trabajó toda una vida en la Biblioteca. Cuando jubiló siguió viniendo todos los días a terminar un misterioso e infinito trabajo en la Sección Referencia. Solía llegar muy temprano, antes que la Biblioteca abiera y esperar pacientemente en las escalinatas de Moneda. Hace algunos años murió, pero muchos funcionarios aseguran haberlo visto en las mismas escalinatas, antes de que se abran las puertas.

Un antiguo investigador, muy querido por los funcionarios, que venía casi todos los días durante muchos años y que falleció hace poco, también ha sido avistado por las galerías o pasillos, en las noches y en las madrugadas. Más de alguno afirma haber conversado con él y hasta haberse fumado un cigarrillo en su compañía.

Tal vez entre quienes deambulan hoy día por los vericuetos de la biblioteca se encuentren otros futuros fantasmas. Quien sabe si algunos de nosotros seguiremos volviendo a este lugar convertidos ya en espectros, con ganas de seguir circulando por sus pasillos y conviviendo con todos esos libros silenciosos que de alguna manera son también los fantasmas de un pasado entrañable. **P**



□ Gentileza, Colección Hemeroteca Biblioteca Nacional.



Para estar al día con la cultura en todas sus expresiones: el cine, la música, el teatro, la literatura, la plástica, la danza.

Libre Acceso en Cooperativa.
Cecilia Rovaretti y Pablo Aranzaes.
 Lunes a viernes de 15:00 a 18:00 hrs.
 Especiales los domingo.

(EN LA CULTURA / vamos más allá!!)

radio cooperativa
 va más allá 

Limache está de moda

¿Cómo llega a decaer una ciudad que llegó a ser tan pujante a fines del siglo XIX? Tal vez la lupa de la microhistoria pueda dar respuesta a aquello que la historia nacional ha pasado por alto.

■ por Fernando Venegas

ESTACIÓN DE LIMACHE A FINES DEL SIGLO XIX

“Al llegar el tren a Limache, a 39 kilómetros antes de llegar de Valparaíso, me bajo para detenerme en la villa de Limache, donde he de visitar los viñedos de Urmeneta, según encargo que se me hizo.

No tienen fin mis sorpresas: Limache es una población subalterna, de 6.500 habitantes, y, sin embargo, ¡cuánto lujo!

El andén está convertido en exposición de trajes femeninos. Veo allí diez ó doce señoras, muy guapas, vestidas a la última moda rabiosa, desde el chapeau de confección parisiense, a los botitos. En la carretera junto a la estación aparece un brillante escuadrón de horsemen y de horsewomen, que recordaría Hyde-Park si los Andes no se encargasen de corregir tal ilusión. Por lo que he podido ver después, una de las mayores distracciones de los habitantes de las poblaciones chilenas consiste en ir a la estación a ver quien llega o quien pasa.

La concurrencia es pintoresca, y diversa: predomina el norteamericano pelirrojo; sigue el criollo de tez aceitunada y barba de azabache; el bello sexo es notable por su belleza: aquí la chilena de ovalado rostro, negros ojos y mejillas llenas; allí las inglesas de ojos azules y dorada cabellera, que se expresa con igual facilidad en su lengua nacional que en la nuestra. Pero no se ve tan sólo en el andén y en las afueras de la estación gente crecida, sino que predomina el elemento infantil, presentándose allí en grande tenue familia de doce a quince plazas, entre montadas y a pie, vestidos todos con una elegancia y un lujo que no conocemos en Europa”.

Octavio Velasco, en Viaje por América del Sur

Se ha afirmado que Limache comenzó a perder vigencia como centro urbano en la medida que Santiago se fue llevando sus industrias; o que su desarrollo habría sido afectado por los sucesivos recortes administrativos. De hecho, ciudades como Quilpué, Villa Alemana, Olmué y Concón fueron en algún momento parte de su superficie político administrativa.

No se trata pues, sólo de precisar el conocimiento de una región, sino de recuperar la memoria histórica, importante al momento de pensar y proyectar el desarrollo económico y social de cualquier espacio.

El desarrollo urbano de Limache, impulsado por la expansión económica del puerto de Valparaíso, se inicia en los albores del siglo XIX. La culminación de este proceso fue la fundación de la Villa Alegre de Limache, título que recibió del gobierno el 4 de febrero de 1828. No fue fácil para los vecinos lograr este objetivo, hubo intereses encontrados entre ellos, pero finalmente se autorizó su establecimiento con el compromiso de que hiciesen “carril” el camino por la cuesta La Dormida. No hubo una preocupación concreta de las autoridades de que el nuevo poblado tuviese un trazado de damero. Por eso la villa que se conoce por su comunidad como “Limache viejo”, quedó como una calle larga (hoy Av. República) a la que se entraba viniendo desde Valparaíso y desde donde se podía seguir rumbo a Santiago. Contribuyó a darle más vida al lugar el que la Capilla del Curato se trasladase hasta allí después del terremoto de 1822.

Otro hito importante en el desarrollo urbano de esta región fue la fundación, en la orilla norte del estero de San Francisco de Limache, el 20 de febrero de 1857. Este pueblo, al que se refiere en detalle Vicuña Mackenna en De Valparaíso a Santiago, surge como una creación del hacendado Ramón de la Cerda, que pensó con ello, entre otras cosas, subir el valor de sus tierras. De la Cerda cedió los terrenos para que la línea ferroviaria pasara por el medio de su propiedad y para que se hiciese la estación. En agosto de 1856 contrató al ingeniero español Ricardo Caruana para que al lado de la estación trazara el nuevo poblado. Fue una fundación al estilo de las que se hizo en el siglo XVIII, aunque con algunas innovaciones: la plaza no estaba en el centro del poblado y fue pensada como un hexágono, aunque posteriormente sólo se habilitó como parque la mitad sur.

San Francisco o Limache nuevo se llenó entonces de porteños que buscaban escapar del acelerado ritmo

del “puerto principal” del que alguna vez se quejó Jotabeche. Con ello comenzó la moda de las quintas de agrado. El que entre ellos hubiese muchos inmigrantes significó además que se hiciesen varios ensayos industriales. Ello llevó a Vicuña Mackenna a llamarlo el “Manchester chileno”. Por otra parte, José Tomás Urmeneta compró la hacienda a los herederos de Ramón de la Cerda, que estaba contigua a la estación, y en ella, con sus ganancias provenientes de la minería y a través de una administración eficiente, hizo importantes inversiones, como la introducción de nuevas cepas, la mejora de la raza ganadera y la inversión en obras de regadío. El que además haya vivido por temporadas en el lugar, transformando su casa quinta en un importante centro social y político, le dio aún más connotación al naciente poblado. Hacia 1870 San Francisco estaba de moda.

En 1892, Limache fue visitado por un perspicaz viajero, Octavio Velasco, que dejó sus impresiones en un libro al que llamó Viaje por América del sur. Aunque evidentemente ellas son parciales, no dejan de ser ilustrativas de lo que era Limache en ese entonces. Este europeo estaba muy sorprendido con lo que estaba viendo en Chile. Desde su perspectiva, su progreso superaba en mucho al de no pocas naciones de Europa, entre las que se contaba España:

“Limache, por ejemplo, que, como he dicho, contiene tan solamente unos 6.500 habitantes, está en comunicación telefónica con Santiago y Valparaíso; posee una fonda de primer orden, en la que el servicio es inmejorable y donde el viajero tiene a su disposición un grandioso parque, vergeles, baño de agua corriente, pradera para el tennis; tiene servicio de coches de alquiler que ya lo quisiéramos en Madrid y aún en no pocas ciudades de Francia, etc.”

Este vecindario, que ya en 1858 contaba con Municipalidad, que desde un comienzo funcionó en Limache viejo, a finales del siglo XIX, por la acción benéfica de Carmen Quiroga Darrigrande, la viuda de Urmeneta, también contaba con hospital. Se discutía el dotar al pueblo de agua potable, y ya tenía un servicio de carritos de sangre. Se hacían obras públicas, se construían majestuosas casas y la educación se abría paso. El Parque Vicuña Mackenna, conocido hoy como Parque Brasil, ya era casi una realidad. Se decía que sería el más grande del país. En la ciudad había notario, correo (desde mediados de siglo) y prensa. En fin, Viña del Mar era una aldea ante esta pujante localidad, que tenía aún más vida durante el estío. P

Historia del Arte como la historia de la ciudad

Argan, Giulio Carlo
Editorial Laia, Barcelona, España, 1983.

La ciudad inclusiva

Balbo, Marcello; Jordán, Ricardo y Daniela Simioni (compiladores)
Cuadernos de la CEPAL, Santiago de Chile, 2003.

Las ciudades invisibles

Calvino, Italo
Ediciones Círculo, Madrid, España, 2001.

Santiago de Chile

De Ramón, Armando
Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 2000.

La ciudad bajo sospecha. Comunicación y protesta urbana

Entel, Alicia
Paidós, Buenos Aires, Argentina, 1996.

Miradas urbanas, visiones barriales

Gravano, Ariel (compilador)
Editorial Nordan-Comunidad, Montevideo Uruguay, 2002

Santiago de memoria

Merino, Roberto
Editorial Planeta, Santiago de Chile, 1998.

Santiago Bizarro

Paz, Sergio
Editorial El Mercurio Aguilar, Santiago de Chile, 2003.

El Santiago que se fue

Plath, Oreste
Editorial Grijalbo. Santiago de Chile, 1997.

Ferías Libres espacio residual de soberanía ciudadana

Salazar, Gabriel
Ediciones Sur, Santiago de Chile, 2003.

Fuentes para la historia urbana en el reino de Chile

Schiaffino, Lorenzo (compilador)
Academia Chilena de la Historia, Santiago de Chile, 1995.

Hacer ciudad

Tupper, Patricio (editor)
Centro Chileno de Urbanismo, Santiago de Chile, 2004

Libros**La Piojera. Proyecto fotográfico**

<http://www.webveo.cl/piojera/>

Beatriz Sarlo. El centro comercial

<http://www.literatura.org/Sarlo/bscentro.html>

Jesús Martín Barbero. Dinámicas Urbanas de la Cultura

[Http://www.naya.org.ar/articulos/jmb.htm](http://www.naya.org.ar/articulos/jmb.htm)

Federico Schopf. La Ciudad en la poesía chilena

<http://www.uchile.cl/cultura/parra/estudios/ciudadpoesia.html>

Carlos Monsivais. Lugares comunes, sitios inesperados

<http://www.tierramerica.org/ciudades/autmonsivais.shtml>

An Rosas Mantecón. Jerarquías Simbólicas del Patrimonio. Distinción Social e Identidad Barrial...

[Http://www.naya.org.ar/articulos/patrimo1.htm](http://www.naya.org.ar/articulos/patrimo1.htm)

Hugo Achugar. Territorios y Memorias versus la lógica del mercado.

<http://www.cholonautas.edu.pe/pdf/TERRITORIOS%2oMEMORIAS%2oMERCADO.pdf>

Mónica Lacarrieu. "...De todos lados y de ningún lado...": Visibles/visibilizados e invisibles/invisibilizados en busca de un lugar en la Buenos Aires del siglo XXVI
www2.fices.unsl.edu.ar/~kairos/k11-07.htm

Angela Giglia "Espacio público y espacios cerrados en la Ciudad de México"
www.uam-antropologia.info/articulos/giglia_arto1.pdf

Omar Rancier. La ciudad en la memoria

<http://www.cielonaranja.com/rancierciudadmemoria.htm>

Miguel Laborde. La ciudad y la memoria

<http://www.nuestro.cl/biblioteca/textos/laborde.htm>

Carlos E. Guzmán. Las nuevas síntesis urbanas de una ciudadanía cultural (La ciudad como objeto de consumo cultural)

<http://www.campus-oei.org/sintesis.htm>

Jordi Borja y Manuel Castell. La Ciudad Multicultural

<http://www.innovarium.com/CulturaUrbana/borjcas1.htm>

Nueva revista virtual sobre investigaciones urbanas

<http://www.cultura-urbana.cl/>

Vínculos



Edición facsimilar ATLAS DE CLAUDIO GAY

Considerado uno de los libros más preciados del siglo XIX, el Atlas de la Historia Física y Política de Chile, del científico francés Claudio Gay (1800-1873) fue reeditado en ediciones facsimilares por el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y LOM Ediciones, con el apoyo del Consejo Nacional del Libro.

Editado por primera vez entre 1844 y 1855, se compone de dos tomos y fue escrito e ilustrado por Gay como parte del estudio que contó con 29 volúmenes, y dio cuenta del resultado de la expedición que realizó –a partir de 1830– durante tres años y medio a lo largo y ancho del país. Ello habla de un trabajo de carácter monumental y de la pasión del autor por la historia natural y la geografía física de la joven nación.

El Atlas contiene mapas de diversas regiones, grabados de paisajes, tipos humanos y costumbres chilenas, además de dibujos de especies naturales. Son 315 láminas seleccionadas por el naturalista de entre más de 3.000 dibujos que esbozó durante su largo viaje.

La obra constituye una fuente inestimada e ineludible para conocer el nacimiento de Chile como república independiente. “El Atlas de Gay ofreció por primera vez la fuerza de la imagen como instrumento de divulgación de Chile. No sólo del conocimiento científico, también de la fisonomía y naturaleza de una sociedad que se da a conocer a través de la representación de sus modelos sociales, ambientes propios, tareas y diversiones características”, escribe Rafael Sagredo en Revista Artes y Letras del diario El Mercurio, 4 de julio del 2004, director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Aventurero de las ciencias

Claudio Gay llegó a Chile en 1828, y un año más tarde inició su labor como docente de geografía en el Colegio de Santiago. En 1830 suscribió un contrato con el Gobierno de Chile, en el que se comprometía a efectuar un viaje científico de tres años y medio por el país, para dar cuenta de sus recursos naturales, y elaborar un catastro para el Estado. Las autoridades, por su parte, dispusieron entregar una remuneración y todas las facilidades posibles al investigador.

De esta manera comenzó su expedición a fines de ese año, viajando por la región de Atacama y de Colchagua. Durante los años siguientes el científico recorrió diversos lugares de Chile, entre ellos el archipiélago Juan Fernández (1832), la isla de Chiloé (1835), y la zona central (1837).

En 1830 fundó al Museo de Historia Natural. Once años después, concluyó sus investigaciones en nuestro país, obteniendo en premio a la calidad de su trabajo la nacionalización por gracia.

BIBLIOMETRO EN MADRID

La Municipalidad de Madrid presentó en junio un proyecto inspirado en la iniciativa creada y desarrollada por la Dibam y Metro S.A. en Chile. En la capital española, el municipio anunció que –a comienzos del 2005– comenzarán a operar cuatro bibliómetros en estaciones de alto tráfico del tren suburbano.

“El bibliometro es un espacio generador de lectura donde transmitir al ciudadano el placer por la palabra impresa y la literatura”, expresó Alicia Moreno, Concejala de Las Artes del Ayuntamiento de Madrid, en la presentación de la iniciativa.

En Chile la idea se remonta a 1996, cuando la entonces subdirectora de Bibliotecas Públicas y actual directora de Bibliotecas, Archivos y Museos, Clara Budnik Sinay, presentó un novedoso proyecto que tenía por principal objetivo acercar los libros a la comunidad y ponerlos a su alcance, haciéndolos salir al encuentro de las personas.

Se trataba de los bibliómetros, módulos de extensión bibliotecaria con forma de vagón de tren que se ubicaron en estaciones del Metro de Santiago. Las estaciones de Los Héroes, Tobalaba y Cal y Canto fueron las primeras en acoger estas bibliotecas y, a poco andar, se sumaron Baquedano, Bellavista de La Florida, San Pablo, Ciudad del Niño y –en el 2002– Plaza de Armas.

Hoy, con ocho módulos, más de 37.000 socios, 34.600 libros (1.300 títulos) y conexión gratuita a Internet a través de BiblioRedes, el bibliometro ha trascendido las fronteras nacionales y ha llegado hasta Madrid.

Artes y Letras

Con Historia de los Antiguos Mapuches del Sur José Bengoa recibe Premio Municipal de Literatura

El escritor y filósofo José Bengoa, autor de Historia de los antiguos mapuches del Sur recibió el Premio Municipal de Literatura categoría Ensayo. El premio otorgado por la Ilustre Municipalidad de Santiago fue entregado el miércoles 18 de agosto en el Salón de Honor de las dependencias del municipio.

En esta acuciosa y sólida investigación el autor nos muestra un mundo desconocido, dibujando la vida de esos tiempos con imágenes poco habituales en una historia que ha estado presidida por el estereotipo de la barbarie y el primitivismo de los antiguos habitantes de Chile. Con la ayuda de la antropología y una mirada crítica de los documentos originales, José Bengoa ha tratado de descender el velo que oculta una etapa primigenia de nuestra historia.

José Bengoa ha sido profesor invitado en las universidades de Indiana, EE.UU., Cambridge, Inglaterra; Complutense de Madrid y París, en la cátedra Pablo Neruda. Es miembro del Grupo de Trabajo de Minorías de las Naciones Unidas. Actualmente es profesor de la Escuela de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y miembro del Consejo Editor de la revista Patrimonio Cultural.

Seminario PATRIMONIOS LOCALES

La Dibam organiza la VI versión del Seminario Patrimonio Cultural a realizarse los días 21 y 22 de octubre. Este año la reflexión girará en torno a los patrimonios locales, entendidos como expresiones no institucionalizadas de la memoria social y recursos claves en la construcción de identidades culturales específicas.

Este encuentro es una instancia de reflexión acerca de aquellas prácticas locales o grupales de definición e instalación de lo que resulta "memorable" desde la perspectiva de esas comunidades, y que generalmente se verifican al margen de los saberes y de las instituciones -nacionales o de carácter global-, que definen "lo patrimonial".

Entre los temas a tratar se ha contemplado una revisión de la discusión en torno al concepto de patrimonio, considerando sus expresiones materiales como inmateriales, y el análisis de casos y experiencias relacionados con la educación, las nuevas tecnologías, y el turismo cultural, entre otros.

La inscripción es gratuita, y debe hacerse a través del teléfono 3605320, el correo electrónico: prensa@dibam.cl, o dirigirse personalmente a Alameda 651, primer piso, oficina de Prensa y Relaciones Públicas.

PATRIMONIO CULTURAL

:: CONCURSO ::

OBJETIVOS

El concurso que organiza Revista Patrimonio Cultural publicada por la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos tiene como finalidad promover la reflexión y difusión de trabajos sobre el patrimonio, la cultura y la memoria.

BASES DEL CONCURSO

Podrán participar académicos, estudiantes, periodistas, escritores y todos quienes trabajen o tengan interés en los temas culturales, particularmente aquellos relacionados con el patrimonio, la identidad y la memoria.

El concurso estará dotado con los siguientes premios:

Primer Premio: Publicación del texto y un monto equivalente a \$100.000 (cien mil pesos) en libros publicados por la Dibam, a elección del ganador.

Primera Mención de honor: Publicación del trabajo y un monto equivalente a \$50.000 (cincuenta mil pesos) en libros publicados por la Dibam, a elección del ganador.

Segunda Mención de Honor: Publicación del trabajo y un monto equivalente a \$50.000 (cincuenta mil pesos) en libros publicados por la Dibam, a elección del ganador.

Los trabajos presentados al concurso deben ser originales e inéditos y su extensión máxima no debe exceder los 10.000 caracteres (sin espacios).

El formato puede ser crónica, ensayo, reportaje o columna de opinión, y deben considerar la línea editorial de la revista Patrimonio Cultural y los temas abordados en ella.

Los trabajos deberán presentarse en un sobre cerrado, con los siguientes datos:

- Título
- Nombres y apellidos del autor
- Nacionalidad
- Domicilio, teléfono, correo electrónico

El Jurado que habrá de discernir el otorgamiento de los premios estará integrado por los miembros del Comité Editorial de la revista Patrimonio Cultural y por el Consejo Editorial de la misma.

La recepción de los trabajos se realizará hasta el 30 de diciembre de 2004, a las 18:00 horas.

Deberán ser entregados o remitidos a la siguiente dirección:

Biblioteca Nacional
Departamento de Prensa y Relaciones Públicas
Alameda 651 primer piso
Teléfonos: (56)(2) 360 53 31 / 360 53 20
Correo electrónico: patrimonio.cultural@dibam.cl
Entrega personal: Delia Pizarro, Michelle Hafemann.

Se considerarán incluidos dentro del plazo expresado los trabajos remitidos por correo que ostenten el sello de origen con la fecha indicada o anterior. Asimismo se admitirán trabajos enviados por correo electrónico (patrimonio.cultural@dibam.cl).

Los resultados del concurso se darán a conocer el día martes 8 de marzo de 2005.

La Revista Patrimonio Cultural se reserva el derecho de publicar las obras premiadas.

Los trabajos no premiados podrán ser retirados por sus autores, o quienes éstos autorizaren dentro de los 90 días de conocido el fallo del jurado. Vencido dicho plazo serán destruidos.

La presentación de trabajos a este concurso implica la aceptación de las bases del mismo y de cuantas decisiones adopte el Jurado para interpretar o aplicar las mismas. La responsabilidad de la autoría por los trabajos presentados correrá por cuenta de los concursantes.

LA ROCA TARPEYA

Prosiguiendo en el descenso del camino del poniente, se encuentra dominando el naranjal de la Ermita por su costado norte una roca de poca elevación pero de aspecto imponente que se ha conservado espresamente en toda su primitiva rudeza, rodeándola apenas de una balaustrada para evitar los accidentes. Sus abruptos declives le han hecho merecer el nombre que lleva.

Por esto mismo, i porque talvez la suerte de los obreros que en ella han trabajado así lo ha requerido, elijió el hábil artista señor Adams, autor de esta serie de vistas, su cúspide como el lugar más aventajado para retratar en forma de portada el estado mayor del Santa Lucía.

Vese allí al intendente actual de Santiago teniendo a su derecha al principal i mas antiguo contratista del Paseo don Manuel María

Guzman; a su izquierda al infatigable superintendente de las obras el teniente don David Herrera; entre los dos primeros al arquitecto de la Ermita señor Stainbuck i a la izquierda al segundo contratista don Alvaro Guzman.

El dibujante don Asdrúbal Navarrete en el último término, el tesorero del paseo don Narciso Castañeda i el portero principal don Federico Diaz forman el resto del grupo, destacándose hácia adelante el entusiasta empleado de la intendencia don Francisco Bravo.

La vista de la ciudad en que están visiblemente perfiladas las calles de San Agustin i del Chirimoyo es particularmente interesante.

(Album del Santa Lucía, B. Vicuña Mackenna, 1874).

